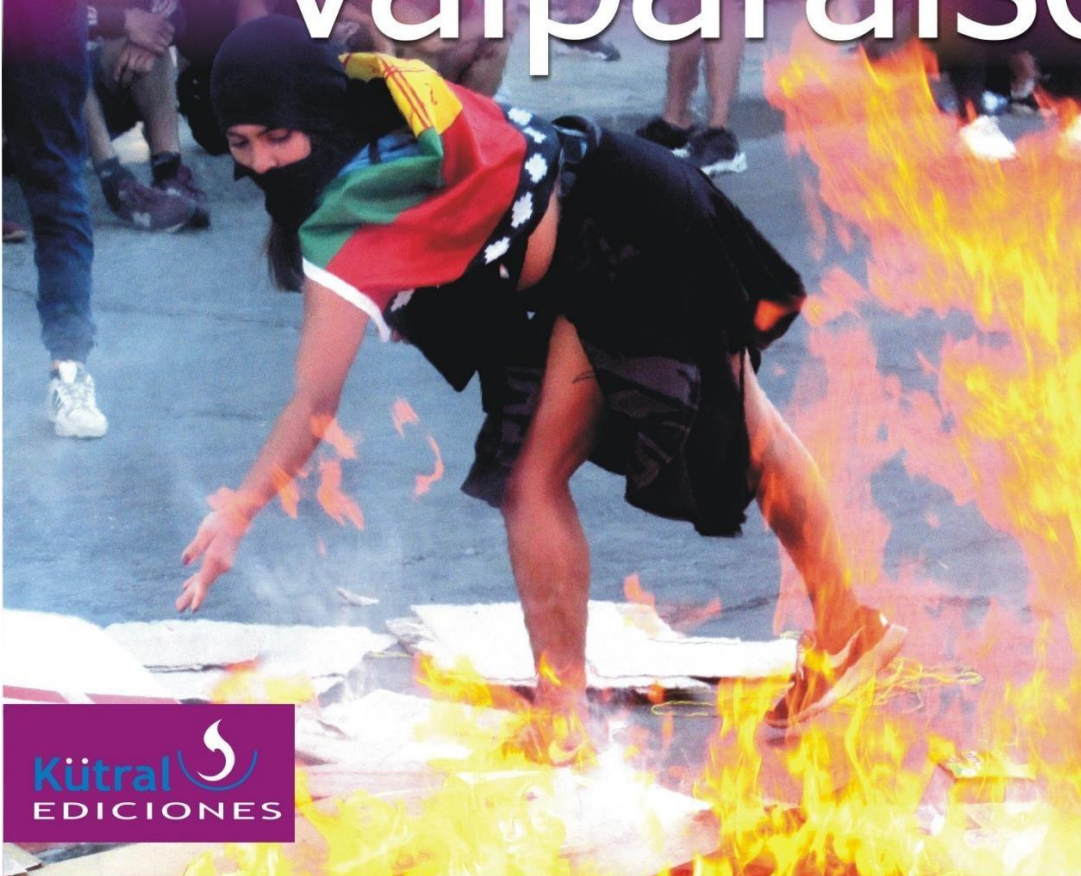


Tito Tricot

testimonios
entre
líneas

rebelión EN valparaíso



Kütral 
EDICIONES

Tito Tricot

testimonios entre
líneas

EN **rebelión**
valparaíso

Índice

Del autor

La Rebelión de Valparaíso *Entre Líneas*

Las abuelitas de la Plaza Victoria

¿De qué miedo hablan?

La bandera de los pacos

El café vacío y las calles llenas del puerto

¿Qué será de las abuelitas de la Plaza Victoria?

Fotografías de la Rebelión porteña



Del Autor

Tito Tricot es porteño y wanderino. Sociólogo (Trinity College, the University of Dublin, Irlanda); Doctor en Sociología (Universidad Alberto Hurtado, Chile); Master en Gobierno y Política Latinoamericana (University of Essex, Inglaterra).

Es director del Centro de Estudios de América Latina y el Caribe-CEALC. Ha publicado los libros: *La lucha del pueblo mapuche* (2006); *Autonomía: el movimiento mapuche de resistencia* (2013); *Valparaíso Golpeado, crónicas porteñas del Golpe de Estado* (2013); *Palabras de Tierra, crónicas de la resistencia mapuche* (2014). *Un sociólogo en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, Testimonios de un militante* (2015). *Violencia histórica chilena y Resistencia Mapuche* (2017).

Además, ha escrito centenares de artículos, tanto académicos como periodísticos, a nivel nacional e internacional. Ha sido analista internacional de la cadena venezolana de televisión TELESUR y colaborador y redactor de la revista chilena *Punto Final* y del periódico mapuche *Azkintuwe*, entre otros. Así como también ha sido o es docente de la Universidad Alberto Hurtado, Universidad Arcis, Universidad Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Santiago y Universidad Viña del Mar.

Tito Tricot

testimonios entre
líneas

rebelión
EN valparaíso

©Rebelión en Valparaíso
Testimonios Entre Líneas
© Tito Tricot

Kutral Ediciones
1^{ra}. Edición - Octubre 2020
www.titotricot.cl

Diseño portada/interior:
ideastricot.cl

Fotografía portada:
Guillermo Correa

Fotografías:
Guillermo Correa
Juan Flores
Tito Tricot

Diagramación:
Estrofas del Sur SpA
contactoestrofasdelsur.cl
estrofasdelsur.cl

Para

Bulvarí, Tokichen, Paikavi, Takuri, Katiray, Tayel, Aukan

La Flaca, Rocío y...Chopan

¿Por qué? Porque los ascensores son esenciales para la vida

Valparaíso

18 de Octubre 2020

Mil gracias a todas las porteñas y porteños que escribieron este libro

Yo Prefiero el Caos a esta Realidad tan Charcha

Mauricio Redolés

La Rebelión de Valparaíso *Entre Líneas*

Valparaíso vive colgando, como la ropa de sus tendederos. No se molesta ni con el viento ni con el graznido de las gaviotas porque nació aquí, ni lo plantaron, ni lo trajeron o desembarcaron. Simplemente fue y punto. Y sigue siendo a pesar de todo y contra todos, como si estuviese destinado a ponerle el rostro a los embates del tiempo. Quizás por eso despertó aquella mañana del 19 de octubre mirando de manera distinta. Sin miedo.

En estas páginas hallarán las palabras de porteños y porteñas que perdieron el miedo, que se volcaron a la calle por el derecho a ser. Así, *Entre Líneas* surgen la ilusión, la solidaridad, la fuerza, el coraje, la rabia. Cada cual con sus diversas razones, sus furias, alegrías, sonrisas, penas, zozobras, memorias, esperanzas, sueños y pesadillas. Son testimonios *Entre Líneas* pues fueron escritos en tiempo real, en medio de lacrimógenas, disparos, heridos, combates épicos, victorias y derrotas. Son las voces de los que estuvieron en los meses más duros de la Rebelión de Valparaíso. En las calles del Plan, en los cerros, en las subidas y en las bajadas estuvieron. Día, tarde y noche, unos más, unos menos. Lo importante era estar, pero no solo en la calle se vivió la Rebelión, sino que también en las casas, en las Redes Sociales, en los Caceroleos, en los Cabildos, en las Asambleas Territoriales, en las Tocatas Autoconvocadas.

Un movimiento sísmico *Entre Líneas* que nos hace reír y también llorar, que estremece por su ternura y rabia. Es que Valparaíso despertó al igual que todo Chile, pero también despertó el otro Chile, ese que nunca descansa: el fascista. De pronto era como retornar al pasado, a aquel Valparaíso golpeado por el golpe en 1973, porque cuando el capitalismo siente que se triza aunque sea un tantito, la elite inmediatamente recurre a la violencia. Si tienen que matar, matan; si tienen que torturar, torturan. Si tienen que hacer desaparecer gente, la arrojan al mar. Si tienen que quitarles los ojos a los jóvenes, les disparan a la cara. Nunca duermen. Es la historia de este país, es la historia de Valparaíso, pero ello no detuvo al movimiento,

aunque lo estremeció y desconcertó cuando la clase política firmó un Acuerdo por la Paz en noviembre del 2019. Para una parte afloró la cólera y la amargura porque una vez más se traicionaba al pueblo movilizado, negociando un Acuerdo sin considerar las demandas “de la Calle”. En consecuencia, se niegan a aceptar el derrotero constitucional impuesto a espaldas del pueblo, sabiendo perfectamente que jamás hubo guerra alguna. Asimismo, no tenían derecho a decidir por millones movilizados. Para otros, en cambio, significó un triunfo, un primer paso hacia la escritura de una nueva constitución. Este es un proceso y constituye una oportunidad abierta por el Estallido social, dicen muchos de los que se desplazaron *Entre Líneas* en Valparaíso y cuyas voces están aquí. Todas las posiciones son legítimas, el enemigo es el modelo neoliberal, o, al menos, los abusos que genera. Ha triunfado abrumadoramente la opción Apruebo en el plebiscito, algunos están contentos, otros no. Claro, nada hubiese sucedido sin el Estallido. Nada. Sin el Movimiento social nada se hubiese movido. Nada. La pregunta es que si alguien o algo podrá realmente transformar la Constitución, remecer a la Convención Constitucional y construir un nuevo Chile.

Eso todavía es una incógnita, lo que sí sabemos es que estas palabras nacieron *Entre Líneas* y sus voces son esenciales para conocer parte de lo sucedido en Valparaíso desde el 19 de octubre en adelante. Si a veces está escrito en primera persona es porque las *Líneas* se mueven y no es fácil alcanzarlas. Cuando lo logras te das cuenta que la Rebelión en Valparaíso continúa y ya jamás terminará, aunque adopte diferentes formas, Constitución más o Constitución menos. Valparaíso fue golpeado por el más horrendo de los Golpes. Ahora golpeó de vuelta con una *Rebelión Entre Líneas*.

rebelión EN valparaíso



Las abuelitas de la Plaza Victoria

Cegados por los gases del zorrillo y las decenas de lacrimógenas disparadas por la policía, de poco servían las artesanales mascarillas. La gente intentaba respirar bajo el inclemente sol porteño, pero no lo conseguían. El calor esa tarde era agobiante: quemaba el rostro, confundíéndose el sudor con los efluvios del ácido incandescente. Ardían los ojos mientras trataban de adivinar por dónde venía el guanaco o los piquetes de carabineros con escopetas para acribillar a quien fuera en una guerra inventada. Ya habían destrozado los sueños de muchos jóvenes al cercenarle en pedazos la vista, por lo tanto el peligro era real. Un hombre se hallaba en la calle Brasil, esquina de Simón Bolívar, a tres cuadras del Congreso. Los enfrentamientos habían comenzado al mediodía y ahora, a las tres de la tarde, persistía la represión, pero también la resistencia. El calor era insoportable, pero más aún los gases tóxicos que momentáneamente habían logrado dispersar a los manifestantes. La nube de humo blanco y amarillento cubría los cuerpos, pero nadie pensaba en retirarse. No, sólo en recuperarse para regresar a esa batalla increíblemente desigual; además también se pensaba en los compañeros o compañeras con quienes se salía: ¿Dónde están; habrán logrado escapar, los detuvieron, los gasearon? De pronto suena el timbre de un celular, el hombre mira hacia su costado derecho, era un joven. Contesta presuroso el teléfono y cuelga. Le dispararon a Mauricio –creo que dijo muy serio–. ¿Dónde está?, replica el hombre. En Rodríguez con Colón. Cuando el hombre dice ¡Vamos! El joven ya corría raudamente en dirección sur. A media cuadra se encontró con otros dos jóvenes en bicicleta. Algo hablaron. Ellos desaparecieron por una calle lateral y él siguió corriendo; probablemente les pidió la bicicleta para acudir más rápido al llamado de su amigo y éstos se negaron. El hombre mayor lo escoltó como pudo. Nunca consiguió alcanzarlo, evidentemente. Pesan la edad, las piernas, hasta la espalda; además el lugar que había señalado Mauricio está al menos a cinco cuadras desde donde se hallaban en la Avenida Brasil, y luego otras cinco más hacia el cerro. El calor no ayudaba. Llegó antes, los ciclistas también; no se habían rehusado a ayudar, sino que partieron velozmente a tratar de encontrar al herido. Pero no

estaba por ninguna parte. Desconcertados, todos buscaron por las estrechas calles aledañas. Nada. Los ciclistas se marcharon, mientras el joven y el hombre, que resultó ser su padre, preocupados y sospechando lo peor, se angustiaban por localizarlo. Es que no lejos de ahí, en la misma calle Colón, está ubicada la Segunda Comisaría de Carabineros, conocida por ser centro de torturas a detenidos, lugar de concentración de las Fuerzas Especiales y de personal de civil que se infiltra en las marchas.

Hasta que de improviso un mensaje los sacude. Está en la Avenida Francia, dice el joven. Dispuesto a buscarlo por donde fuese, se había conseguido un vehículo con un amigo que vive en la cercanía y, también, comunicarse con Mauricio. Parten hacia allá. Tal como pensaron, impaciente, decidió alejarse de la comisaría y esperar en las proximidades de una bomba bencinera. Bajo el sol atroz se abrazaron. Las exiguas gasas que habían colocado en sus heridas las compañeras de la *Brigada de Salud* no podían retener las sangrantes manchas rojizas porque tenía un orificio en pleno vientre y otro cerca de la clavícula, aun así solamente aceptó dirigirse al hospital para regresar a la calle. Es que es un *Primera Línea*. Nada más importa, su misión es defender al pueblo para que éste pueda protestar. Fue lo que aconteció esa tarde cuando después de horas de enfrentamientos con carabineros, de la nada apareció una señora justo frente a una de las rejas de contención que divide a la gente y policías. Llevaba una cacerola que golpeaba incesantemente ante el rostro de un capitán de Carabineros. Este último, intempestivamente ordenó a sus hombres arremeter contra los manifestantes y disparar contra ellos. Varios comenzaron a caer heridos. El aire se hizo asfixiante, el sudor se mezclaba con el agua del carro lanzaguas y las lacrimógenas. Mauricio atisbaba detrás de un escudo cómo la señora se descontrolaba gritando que dejaran de disparar. Al capitán no le importaron sus súplicas, a la mujer tampoco le importó la indolencia del capitán y empezó a pegar repetidamente en el casco con su olla. El oficial la golpeó fuertemente y la arrojó lejos. Cuando ella va cayendo, Mauricio pudo verla por entremedio de escudos confeccionados con latas, maderas, tapas de refrigerador, antenas satelitales. No

pudo sino pensar en su madre y abuela, en todas aquellas personas que ha conocido en su vida y que han luchado por otros, como esa mujer. Ahí sintió una ira colosal y saltando por encima de todos fue derecho a golpear con toda su fuerza al oficial que había agredido a aquella valiente porteña. Ahí mismo se dio cuenta del error de su fijación, cuando por el rabillo del ojo notó el movimiento de una escopeta que se alzaba. Estaba ubicada a la derecha, en la esquina del Teatro Municipal, siguiéndolo con su mira, apuntándole directamente al cuerpo. No había duda alguna, estaba en su trayectoria y le dispararía. En ese instante parece haberse congelado el tiempo ¿Qué hacer? ¿Correr? ¿Devolverse? ¿Y si le detienen? Se tira al suelo. Pensó mucho en microsegundos, en pleno vuelo. No sintió miedo. Nada. Solo recordó su entrenamiento en juegos de videos, porque claro, es de la generación *Gamers*. Hizo un movimiento eléctrico hacia un costado para esquivar el impacto de los balines. Y ahí supo Mauricio que las balas son apenas fugaces destellos, minúsculos rayos imparables. La vio apretar el gatillo y el latigazo en el cuerpo fue inmediato. Sintió el mazazo en el vientre, y otro en el hombro; no podía ver, se lo impedía la máscara antigases. Cuando logró hacerlo vio la sangre, giró y miró a quien le había disparado. Recién ahí se percató que era una carabinera, la miró fijamente y le gritó: ¡Me disparaste paca, no te voy a olvidar! ¡Y no la ha olvidado! Es que el olvido no se olvida, porque devora la memoria y ello es otra forma de morir.

Y Valparaíso tiene incrustada en su frente oceánica huellas insurrectas, como la huelga de trabajadores portuarios de 1903 quienes lucharon por sus derechos básicos ante la indiferencia y arrogancia de los empresarios navieros, principalmente ingleses. Como siempre, la policía y el ejército –que fue solicitado por el intendente a la capital– estuvieron al servicio de los ricos, acribillando a los obreros, con el apoyo de comerciantes, empleados de El Mercurio y de la burguesía local. Más de un centenar de muertos y la misma cantidad de heridos. A nadie le importó, a la prensa local solamente le interesaba resaltar los destrozos producidos durante los enfrentamientos, y la imagen que la ciudad presentaría ante eventuales visitantes. Pero no sólo la memoria es subversiva, sino que la historia y las palabras

que la cuentan a pesar del silencio oficial. Además, aunque parezca increíble, a veces esta misma historia y sucesos similares surgen para sorprendernos. En octubre de 1905 el pueblo trabajador se volcó a las calles de Santiago en lo que se denomina la *Huelga de la Carne* para protestar por el alza en el precio de ésta. En Valparaíso las autoridades ordenaron a la policía y, especialmente a la Armada, desplegarse en distintos puntos de la ciudad ante el temor de que algo parecido sucediese en la ciudad. Asombrosamente igual a lo que acontece el 18 de octubre de 2019 en Santiago donde emergieron primero las brasas de un fuego que clamaba por arder. Un día después explota Valparaíso; prontamente se decreta Estado de Excepción y Toque de Queda, entronizando institucionalmente el terror una vez más en el país y en la ciudad.

Ahora el puerto anclado entre cerros y mar, vapuleado por incendios, terremotos y temporales. Y por el peor de los golpes: el golpe de Estado, maldecía entre dientes mientras silencioso observaba cómo los infantes de marina descendían de sus camiones para descargar su odio contra un pueblo desarmado. En septiembre de 1973 fue una madrugada de invierno, ahora atacaron de noche, pretendiendo destazar de cuajo un movimiento que recién nacía. En la plaza Aníbal Pinto estaban, piafando y coceando a las personas que se hallaban en el sector. Para las nuevas generaciones puede haber sido insólito contemplar a militares armados para la guerra en pleno centro de Valparaíso. Quizás para algunos un relampagueo del temido pasado dictatorial del cual escucharon o leyeron. Para otros, en cambio, sí fue una angustiante pesadilla, porque lo vivieron. De hecho en ese mismo lugar estaba el local del Comité Regional de las Juventudes Comunistas que fue asaltado por los infantes el mismo once de septiembre, deteniendo a todos los militantes que ahí se encontraban, conduciéndoles al buque Maipo, de la compañía Sudamericana de Vapores, propiedad de Ricardo Claro. El secretario regional de la Juventud, Juan Orellana, está desaparecido hasta el día de hoy, aunque se sabe que fue secuestrado y ejecutado por el Comando Conjunto, compuesto entre otros, por efectivos de Carabineros y la Armada. A Hugo, joven sociólogo, la noche en que los militares salieron a la calle, le brotaron también

millares de recuerdos que ni siquiera sabía que existían. O quizás sí, uno no sabe, dice taciturno. Una noche –sin saber si está dormido o no– siente que es un niño de 8 años, que su casa está destruida; no comprende que sucede, nada más ve la silueta de dos hombres, uno a cada lado, de camisa blanca, corbata, chaqueta, pantalones grises. No distingue sus rostros, sólo sabe que siente mucho miedo. Su cuerpo comienza a contorsionarse, le duelen los riñones, la cabeza. Trata de protegerse con las manos porque le están golpeando, todo retumba. Todo. Así, entre el sueño, la noche, su casa destrozada; sus hermanos, su padre detenido después, y el inmenso remolino de angustia, Hugo pregunta a su compañera si sabe quiénes son ¿Por qué le quieren hacer daño si es solo un niño? Ella no sabe. No tiene cómo saber, pero él quizás todavía dormido clama a su esposa que no lo deje, que lo abrace, le ayude, los aleje ¿Por qué le quieren hacer daño si no les ha hecho nada?: Es la CNI, la policía de la dictadura que le fracturó la vida desde la infancia, que no le ha permitido ser feliz. Hay algo inconcluso en su vida, una llaga irreparable, al igual que en tantos chilenos y chilenas, puesto que no ha habido justicia y nunca la habrá. Por lo mismo no les tiene miedo a los militares, los conoce y los puede enfrentar sin temor, aunque en sus sueños asomen traidores fantasmas.

Entonces, lo que pasó en la Aníbal Pinto ¿Es 1983 o 2019? ¿Son los militares de ayer o de hoy? ¿Es la dictadura de Pinochet o la de Piñera? Por eso estuvo en la Plaza Victoria cuando una abigarrada marea de porteños y porteñas de todas las edades y condición social se congregó en ese espacio para en conjunto iniciar la Rebelión de Valparaíso. Fue la rebeldía vestida de mil colores, principalmente de juventud, que repletó el Plan porteño.

La convocatoria era a las 7 de la tarde y, como habitualmente las marchas jamás comienzan a la hora, muchos supusieron que esta vez sería lo mismo, por lo que se dirigieron lentamente hacia la Plaza. En la distancia se divisaba gran cantidad de gente que se asumía caminaban hacia el lugar de concentración. Gran equivocación, la manifestación empezó antes lo cual se convertiría en costumbre

de ahí en adelante. Es que nadie quería estar ausente de aquel momento histórico. Tampoco Francisca quien salió antes de su trabajo justamente por lo que estaba sucediendo. Llegó a su casa en el centro, intentó cocinar algo pero no pudo, tenía la necesidad de salir. Así lo hizo. Se paró en una esquina a fumar un cigarrillo y lloró de alegría, no podría creer lo que pasaba. Muchas veces había caminado cerca del edificio del Congreso con algún amigo, horrorizándose con aquella monstruosidad, ahora observaba como centenares de personas enardecidas lo atacaban, eso que tantas veces ella misma había soñado hacer. De pronto observa por entre el fuego de las incipientes barricadas y el humo de las lacrimógenas a una antigua pareja que se dirigía rápidamente hacia ella. Se abrazan, el beso es apocalíptico. No podía quedarse encerrada en la casa. Esto no tenía que ver con política o ideología, nacía de las entrañas, apunta con el puño a su corazón. Sí, del corazón, misma razón que tuvo Taku –joven músico, también de corazón– quien se encontraba en la casa de unos amigos cerca de la plaza Victoria, el mismo día, esperando salir. Casi no alcanza a hacerlo y ya había bombazos, gases lacrimógenos. Salió solo, porque con él había gente que no había estado nunca en marchas. No fue fácil, justo al llegar a la intersección de Edwards con Colón, escuchó un silbido, mira en dirección al cielo y apenas obtiene retroceder antes que explote una bomba triple. Se precipita sobre una y la pateo con toda la fuerza que puede para devolverla hacia los carabineros. Intentó hacer lo mismo con las demás, pero se hizo imposible respirar, le ardían los ojos y la garganta. Vuelve a casa para equiparse apropiadamente para la defensa. Con sus amigos deciden irse por los cerros para después bajar al Plan, sin embargo, cuando llegan a un cerro que consideran más seguro, algunos amigos, excepto uno, no quisieron bajar. Les dice que los esperen en el Paseo Atkinson en el cerro Concepción pensando que era más fiable. Los dos descienden hacia la Plaza Aníbal Pinto: era un carnaval pese a que había represión por todos lados. Batucadas, bandas, bailarines, música, gritos de rabia, pero también de mucha alegría por lo que estaba pasando. De repente, una sensación extraña en el entorno, una especie de silencio, ese que antecede al peligro, que es un silencio ensordecedor. No se puede describir lo que era, pero a los segundos se intensificó la represión y la plaza se llenó de gases. La gente se

asfixiaba, corría, gritaba. Arrancaron cerro arriba evitando las lacrimógenas. El Paseo, que es un Mirador muy concurrido por turistas, estaba atiborrado de gente, familias con niños, contemplando lo que acontecía abajo. Taku había escuchado que ya se decretaría Toque de Queda a las 10 de la noche, existiendo mucha confusión en la ciudad. Ya habían llegado cuando aparecen 3 carabineros, uno de ellos con escopeta en mano, y comienzan a caminar hacia ellos. Al estar el Paseo tan colmado de gente pocos se percataron de su presencia; el que porta la escopeta dispara hacia arriba y todo el mundo sale corriendo en estampida. A un costado del joven músico quedan paralogizados una madre con sus hijos, dos niñas y un niño, todos llorando. Se ubica delante de ellos para protegerlos. Agita las manos al paco que estaba avanzando con la escopeta en la mano y le grita: ¿Qué estai haciendo weón aquí hay niños. Qué estai haciendo? Se acerca el paco y dice ¿Y qué? Uds. no tienen na' que estar haciendo acá. El joven continúa tratando de cubrir a la madre; los niños todavía llorando, y esperando lo peor porque sabe de lo que son capaces. Repentinamente aparece una persona que regresó después de haber arrancado, con un iPod en la mano grabando y, simultáneamente, denunciando el actuar de carabineros. Los encaraba señalando ¡Aquí está la policía en Valparaíso reprimiendo a los niños! Y con eso solamente, con la cámara, los pacos empezaron a retroceder. Eso fue a las 8 de la noche del sábado 19 de octubre. Eso fue una evidente demostración de lo que sobrevendría en el puerto. En el lugar supuestamente más seguro de Valparaíso, con niños presentes, los pacos estaban disparando sin trepidación.

Todo había partido en Edwards con Colón, en el Plan. ¿Qué pensaría Salvador Allende de todo esto? Él que vivió a la vuelta, en una antigua casona de dos pisos en la calle Aldunate y, posiblemente, caminó infinidad de veces por estas mismas veredas. Porque trabajó en el hospital Carlos Van Buren, situado en Colón a 10 cuadras orillando el cerro, el mismo al cual llegaría Mauricio 83 años después a sanar sus heridas de un combate desequilibrado. Él, un *Primera Línea*, y Allende un *Primera Línea Mayor* en un combate aún más desigual. Los recovecos de las

historias. En plural, pues se escriben en tinta invisible, no se reconocen, se ocultan, pero siempre alguien las desentierra, pule sus huesos y arma el esqueleto de otra historia, que es la historia del pueblo. Es la memoria irreductible, de lucha, de dolor, pero también de victorias. Ahora se comenzaba a escribir otra página un libro que nadie sabía cómo ni cuándo terminaría. Para Katia –cuentacuentos y profesora de Artes Plásticas– las lágrimas estaban a flor de piel, puesto que les asaltaba el deseo irresistible de abrazarse entre todas y todos. Era lo que siempre esperaban, porque en Chile no se vive, se sobrevive, enuncia Katia en otra tarde más de calor en el Puerto. Reivindicar la dignidad es lo mínimo, hay que ir a por todo. La pulsión más primigenia le dice que todo esto es válido; del momento cero aquí en Valpo nos encontramos con todo el mundo, compartiendo la esperanza de un cambio real. Ya no eran una minoría, tampoco fue un mero Estallido, sino que una verdadera emancipación popular. Sylvana, también profesora, pero de historia, que al igual que Katya ha participado en todas las marchas que le ha sido posible, quedó tan impactada con la escolar baleada en el metro de Santiago y sangrando profusamente que supo desde ese instante que el país había cambiado para siempre. Por eso, con sus hermanos partió a la calle el sábado, por lo demás el aire estaba enrarecido en Valparaíso; los perros ladraban. Fue impresionante, la gente aparecía por todas las esquinas, no se sabe de dónde salió tanta gente cuando antes parecía que éramos tan pocos seguramente pensó Sylvana mientras descendía las calles.

¿Qué pasó? ¿Se descolgaron de los cerros concertadamente. O se cayeron de pura alegría? Algo similar sucedió en 2001 cuando Wanderers salió campeón de la primera división del fútbol profesional. Una marea verde bajó desde las alturas para tapizar la ciudad con la algarabía del triunfo del equipo porteño al cual se apoya en las buenas y en las malas. La verdad es que son más las malas que las buenas, pero ahora no se trataba de un juego, el presidente Sebastián Piñera había declarado inequívocamente: ¡Estamos en Guerra! Una guerra unilateral, de las Fuerzas Armadas, Carabineros, la Policía de Investigaciones, la Agencia Nacional

de Inteligencia, el Gobierno y todo el sistema, contra el pueblo desarmado. O, a lo sumo, con piedras, hondas y molotov. Es la biografía de Chile. Es la violencia y abuso del hacendado, la aristocracia, del colono, del latifundista, de los propietarios de las salitreras, de las grandes empresas, de los bancos, de la iglesia. Los dueños de Chile de ayer y de hoy no tienen escrúpulos en reprimir y matar cuando tienen que hacerlo. Aparentan creer en la democracia hasta que tiemblan sus privilegios y ahí se evaporan sus magras sonrisas y la convierten en democradura. Por eso Valparaíso se levantó más temprano ese 19 de octubre, y esa tarde con rabia ocupó la plaza Victoria y la Simón Bolívar, ubicada a un costado, nada más cruzando la calle. Ahí donde también se encuentra la biblioteca Santiago Severín. En aquel espacio de lectura y reflexión se hallan millares de libros a disposición del público. Tal vez muchos de esos lectores pasan la vida consumidos por las letras sin conocer jamás el mundo real. A lo mejor sí, nunca lo sabremos. Lo que advertimos es que en una esquina, mientras llovían piedras y bombas, una muchacha muy joven le pregunta a otras dos amigas que estaban con ella ¿Oye: esto es como la anarquía o no? Nada más se miraron y sonrieron, claramente nunca habían estado en una manifestación, siendo ese el mismo caso para miles de personas en el puerto. A pesar de la humareda, se mantuvieron en absoluta tranquilidad, aunque por breves momentos, porque esa tarde pronto empezaron a surgir por todas partes las barricadas para detener a las fuerzas policiales que ya iniciaban lo que se convertiría hasta el día de hoy en un largo espiral de violencia. Corriendo entre ambas plazas, no lejos de la catedral, se acerca presuroso, cubriéndose la cara con una mano y exclamando por ayuda, un joven de polerón gris y shorts. Lo habían baleado en el pómulo derecho. Inmediatamente lo rodearon varias personas para socorrerlo. Calma, le decían, hagan espacio. Una muchacha le limpiaba la sangre con minuciosidad, con agua y gasa que ella misma portaba. ¿Es muy profundo? No, respondió ella tranquilizándolo. Otros gritaban que había que moverlo de ahí porque venían los pacos y estaban cayendo muy cerca las lacrimógenas. Caían cerca, lejos, por todas partes. Es que Valparaíso se convirtió, de ahí en adelante, en una ciudad arrasada por un fárrago de gases pestilentes. Sea en las callejuelas de adoquines que todavía perviven, en el árido cemento, en los escasos árboles o

bancos de las Plazas del Plan, el ácido se ha impregnado en ellos. Se te pega en la piel, te entra por la nariz, arden los ojos. Lloran los niños. Lloran todos. Es como si una capa invisible de polvo lunar hubiese caído sobre el Puerto mientras dormía; mas no hay nada estelar ni astral en esto, por el contrario, es una congoja constante. Es una acción deliberada por parte de Carabineros y de las autoridades para atemorizar a sus habitantes al meterlos en una gigantesca burbuja de gas. Es inculcar el miedo, recordatorio permanente de que el presidente Piñera declaró la guerra contra el pueblo en octubre y esta no ha cesado.

No quieren o no pueden entender que el pueblo perdió el miedo, que cuando atendían a ese joven herido en el rostro, otro grupo de encapuchados se enfrentaba con carabineros defendiendo la marcha. Ya comenzaba a gestarse la *Primera Línea* y también la *Brigada de Primeros Auxilios*. Todo espontáneo, embrionario, plétórico en solidaridad. También los pacos ya disparaban directamente a los ojos o al cuerpo. Como en la madrugada de Año Nuevo cuando en el corazón de la Plaza de la Resistencia, ex Plaza Aníbal Pinto, Carabineros, con una lacrimógena despedazó parcialmente el cráneo y el ojo derecho de Matías Orellana, profesor de Educación Física e hincha de Wanderers. Matías se encontraba a las cuatro de la mañana en las inmediaciones de la Plaza cuando se desarrollaban cruentos enfrentamientos entre la policía y manifestantes. Carabineros no respetó a nada ni a nadie, reprimiendo indiscriminadamente a quien fuese. Estallido ocular lo denominan, pero es mucho más que eso. Las explosiones son fugaces; es un momento donde te envuelve una luz blanca y azul. Un manto negro que no sabes por donde aparece, etéreo e imparable. La vida es bastante más, y eso lo saben el intendente y el gobernador que imparten las órdenes a Carabineros. Devasta o daña inevitablemente a las víctimas quienes, como cualquiera, tienen sueños de un trabajo normal, una carrera, una familia o lo que decidieran hacer sin tener que pasar por la angustia y trauma de la recuperación física y psicológica de tal barbaridad. La detonación es breve, la incertidumbre apenas comienza.

Esa misma noche, en Bellavista, esquina de la avenida Brasil, donde se ubica el supermercado Líder, cerrado desde el primer día del Estallido en Valparaíso porque fue asaltado por la gente, se hallaban por un lado manifestantes y carabineros en la Plaza Cívica. Por el otro lado, hacia el mar, un grupo de jóvenes –vestidos de fiesta– pululaban alrededor de las discotecas que abundan en el sector. Ellos y ellas eran indiferentes a lo que sucedía a escasos metros o, al menos, habían resuelto festejar el Año nuevo. En ese sector circula habitualmente mucha gente por tanto también existen puestos de comida, carros de completos, vendedores de sándwiches, choripanes, anticuchos, arepas. De la nada, la policía empezó a lanzar lacrimógenas hacia esa orilla. No hacia arriba, sino que horizontalmente. Se terminó la celebración para aquellos que pensaban que Carabineros iba a permitirlo. Además, a la medianoche nadie pudo ver los tradicionales Fuegos Artificiales, pues fueron ocultados por una densa bruma marina, acaso un presagio de que el movimiento social sólo cesará hasta que el pueblo lo diga, como lo anuncian centenares de rayados en las calles de la ciudad. Así la vaguada que cubrió los Fuegos fue otra gran capucha para gritarle al gobierno que si la *Primera Línea* no se muestra es porque debe protegerse de la irracionalidad de Carabineros para poder así defender a las movilizaciones; que solo se muestra ante sus amigos, sus familiares, ante el pueblo, porque son parte de él.

Matías iba a rostro descubierto. Llegó a Bellavista con algunos amigos en el momento álgido de la represión. Simplemente iban a compartir una noche especial como lo es el Año Nuevo. Al percibir el gran contingente policial dejaron el lugar, dirigiéndose a la Plaza de la Resistencia, sin saber que ahí la represión policial era mayor. Decidieron subir hacia la calle Cumming nada más a mirar. Repentinamente sintió un destello, se arrojó al suelo instintivamente. Lo último que alcanzó a ver fue un mar de sangre. Se ahogaba, ahí cerró los ojos pensando que iba a morir desangrado. Lo ayudaron en seguida. No lo mataron, pero le arrancaron un ojo. Si uno piensa en las más de cuatrocientas personas que han sufrido daños oculares en todos estos meses, uno puede figurarse qué habría sucedido si todos esos balines, perdigones y bombas les hubieran dado uno, dos, tres o cuatro centímetros

más arriba o abajo, más hacia la derecha o hacia la izquierda ¡Quién sabe! serían aún más los mutilados en esta Guerra de Piñera. Guerra que esa madrugada desataron en el vértice ex-Aníbal Pinto, Subida Ecuador, Bellavista. Fue en este último lugar donde un vendedor ambulante de anticuchos que trataba de ganarse la vida, a pesar de lo que sucedía en su entorno, de súbito quedó paralizado de pavor cuando una lacrimógena explotó a la diestra de su cabeza. El estruendo fue potente ya que se hallaba recostado contra la cortina metálica del supermercado. Fueron segundos interminables en que no pudo moverse hasta que el gas empezó a ahogarlo, como a todos los que se encontraban en las inmediaciones, incluidos los ambulantes y los festejantes que puteaban a Carabineros, desconozco si por apoyar al movimiento o por arruinarles la fiesta. Sea como sea, me mezclé entre ellos para salir de ese lugar, evitando el gas. Caminé hacia la avenida Errazuriz, cerca de la línea del metro y del mar, suponiendo que eso mitigaría los efectos de las lacrimógenas. Sirvió para despejarse y retornar más adelante por una calle perpendicular y luego otra más corta. Voy ingresando a ésta y me encuentro de frente con un zorrillo, un guanaco y un retén de Carabineros que venían de la Plaza de la Resistencia. Estoy solo. Error garrafal. Retrocedo hacia un kiosko de diarios, con la esperanza de evitar los gases del zorrillo y el agua del guanaco. Pasan de largo en dirección a Bellavista o subida Ecuador o a reabastecerse. No sé. El furgón siempre transporta piquetes de Carabineros que se pueden bajar, disparar o detenerte. También pasan, al menos así creo. Me vuelvo a la calle por donde venía, no había andado más de tres metros cuando siento el estadillo de una bomba lacrimógena a mi izquierda, casi a la altura de la cadera. ¿Cinco o seis centímetros, diez? No tengo idea, sólo sé que comienzan a arderme los ojos, cuesta respirar. No podía ver. Me alejé del lugar sin correr, no por bravura, sino que más que nada porque el gas me apretaba la garganta y casi no podía ver. Al minuto, miré a la zona desde dónde supuestamente provino el disparo y no divisé a nadie. No había carabineros, ni retén. Nada, únicamente el casquillo de la lacrimógena como silente testimonio de aquel momento. Eran las dos de la madrugada, un par de horas antes que balearan a Matías, yo tuve suerte, Matías no. El viste una formidable valentía que lo hace sostener que todo el movimiento se ha generado cimentado en el amor.

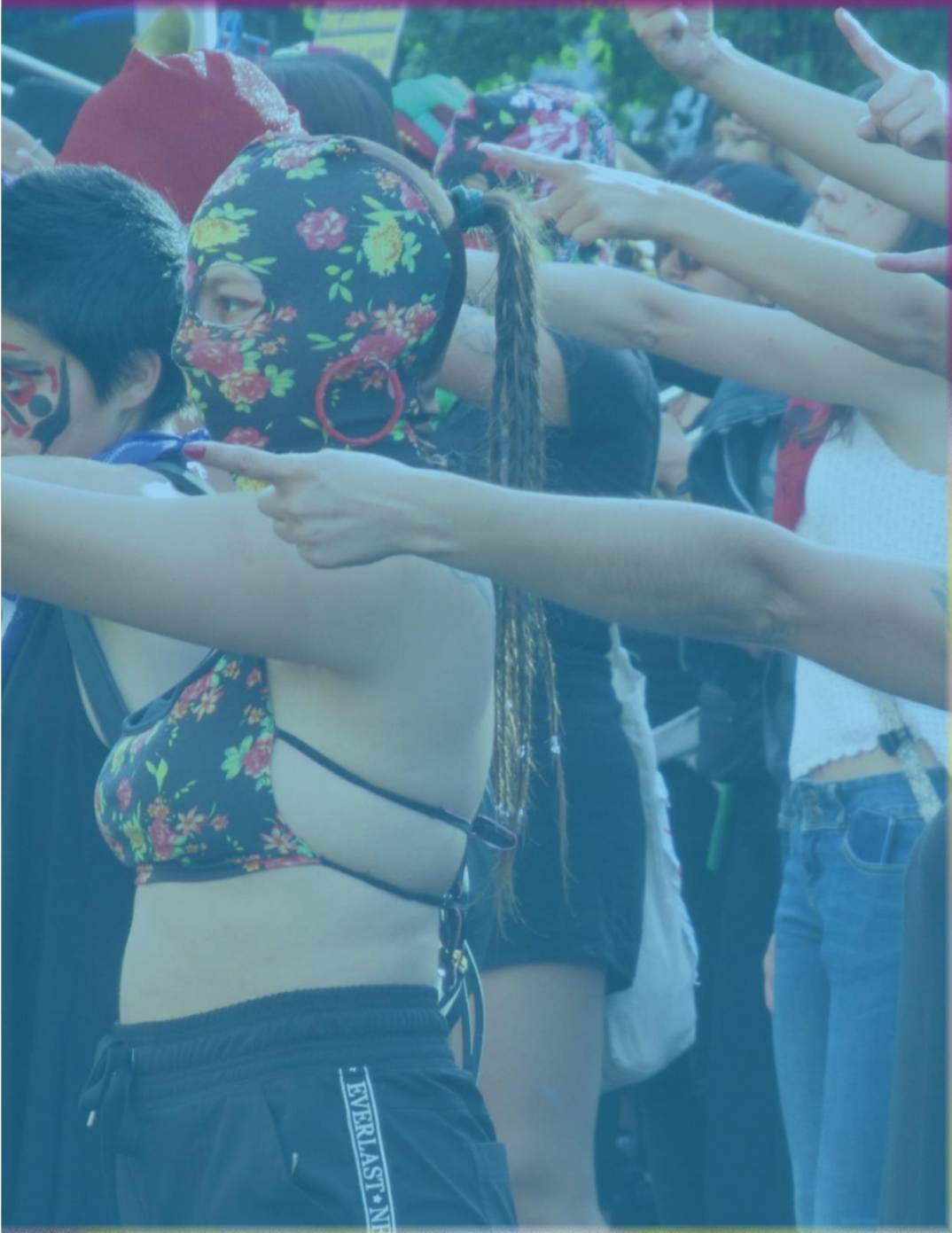
En el amor y en la rabia, producto de 30 años de abusos. Y muchos más antes de eso. Por eso los primeros gritos ese día 19 de octubre en la Plaza fueron: *“El Pueblo Unido jamás será vencido”*, *“Renuncia Piñera”*, y *“Pacos ladrones, devuelvan los millones”*. Estos se replicaron cuando centenares de personas se reunieron en las afueras del supermercado Unimarc, y luego en el Líder, ambos sitios en la Avenida Brasil. Descerrajaron sus protecciones y procedieron a repartir mercadería. Muchos gritaban indignados: ¿Cuántos años abusaron de nosotros? ¡Ahora paguen! La gente, cansada de los abusos de los grandes empresarios –los dueños de supermercados, las AFP, las cadenas de farmacias, entre otras– liberó su cólera masivamente de esa forma. Entraron primero al Unimarc algunos manifestantes, luego otros y finalmente una multitud, sacando todo lo que se podía. La alegría era total mientras se repartía la mercadería entre vítores, gritos y consignas. Llovían los confortos, los chocolates, las botellas de bebidas, los jabones de todos los colores; arroz, fideos, aceite. Queso había, cereales, galletas, cerveza. De pronto el supermercado comienza a incendiarse, nadie se retira, nada más contemplan como las llamas consumen el lugar. A dos cuadras de ahí, cerca del banco de Estado, hay estacionado un bus de carabineros, pero nadie se baja. Silencio total. Por el otro extremo, en el supermercado Líder ocurre exactamente lo mismo, un grupo de gente ha roto las protecciones, ha accedido al local y se encuentra desperdigado por el interior buscando mercadería. Están en el primer y segundo piso, desde ahí lanzan lo que encuentran a la calle en medio de gritos de alegría y de ira de los manifestantes. Aplauden, vociferan consignas contra el gobierno y contra los dueños del local. Comienzan a unirse los manifestantes del supermercado Unimarc, ya totalmente arrasado por el fuego, además de centenares de porteños que llegaban de todas partes para sumarse a la fiesta. Porque eso era –una fiesta– mezcla de jolgorio, dolor y furia. Después de un largo rato, parte de la multitud se retira por todas las calles del sector, llevan en sus manos productos de todo tipo. Un joven rechaza un shampoo que alguien le pasa. Igualmente se lo dejan en sus manos. Mira hacia todos lados incómodo, camina junto a otros amigos en medio de la calle y unos 50 metros más allá, lo deposita disimuladamente en la vereda. A posteriori, hubo saqueos de otra índole que absolutamente nada tenían

que ver con las movilizaciones sociales y que han perjudicado sustancialmente a las mismas puesto que han sido utilizadas para dividir al movimiento. Antes del saqueo de los supermercados, a tres cuadras de ahí, hacia el cerro, una vez que la resistencia de la *Primera Línea* y miles de manifestantes habían logrado hacer retroceder a la policía, un grupo de jóvenes entró a la multitienda Ripley. La misma razón: demasiados abusos. Esto se había acabado. En las afueras de la tienda, cuyas cortinas estaban ahora parcialmente abiertas, dos abuelitas miraban asombradas lo que sucedía. El aire todavía espeso y cáustico por los gases, pero ellas curiosas no se movían; uno de los jóvenes les pregunta si es que quieren algo. Ellas le responden que no saben. Entra a la tienda y vuelve con los dos perfumes más caros que encontró. Las abuelitas le sonrieron emocionadas. Se fueron felices.

Como miles de porteñas y porteños que despertaron esa mañana sin intuir probablemente la magnitud de lo que les depararía el día. Porque esa tarde se va conformando el cuadro de lo que serían los tres siguientes meses: resistencia y represión, vida y muerte; humanidad solidaridad, brutalidad deshumanización, crueldad, reencuentro y despertar; abuso, odio, clasismo, barbarie. Pero por sobre todo futuro. La convicción de que Valparaíso, al igual que Chile, había despertado. Se perdía el miedo y nacían las *Líneas*, que aún no tenían nombre pero ya se practicaba la autodefensa, se devolvían las lacrimógenas, se encendían barricadas, se curaba a los heridos con los elementos a disposición. Las Redes Sociales constituyen otra *Línea* más, fundamental. El Argos del movimiento. Argos en la mitología griega era un gigante de 100 ojos. El mejor guardián, ya que aunque durmiera con 50 ojos cerrados, otros 50 permanecían abiertos para vigilar lo que sucediera en el mundo. Cuando fue decapitado por Hermes, la diosa Hera ordenó preservar los ojos de Argos en las colas maravillosas y coloridas de los pavos reales. Por consiguiente, la represión que en Valparaíso ha sido constante, nunca ha dejado de ser vigilada por este Argos porteño. También la creatividad y coraje de las movilizaciones. La red está en la calle y la calle está en la red.

En la Plaza de la Resistencia una muchacha encapuchada pegó un cartel que dice: Gobierno asesino, te estamos mirando. Es otro ojo del pavo real en la Calle.

rebelión EN valparaíso



¿De qué miedo hablan?

Una tarde de octubre, mientras se agudizaban los enfrentamientos en las proximidades del Congreso, llega rengueando a la esquina un joven agitado e iracundo. Estaba herido en su tobillo izquierdo. Dos balines habían desgarrado la piel. Tres muchachas lo reciben. Llevan pecheras blancas rudimentarias, cruces rojas pintadas a mano e improvisadas mascarillas. Tratan de calmarlo para poder atenderlo, detener el sangramiento y ver si los perdigones habían penetrado la carne. Si ese era el caso había que derivarlo al Hospital. Entretanto él gritaba: ¡Vamos compañeros, sigamos resistiendo, no hay que parar! Movía sus manos para arengar a todos aquellos que permanecían en la calle mientras esperaba la curación para volver a ocupar su lugar en la contienda. Se disgustó con las enfermeras. Quería irse rápido. Y se fue. Ellas se miraron sin decir nada, por un momento pareció que estaban algo molestas, después de todo eran todas voluntarias que estaban para ayudar. Arriesgaban su vida en *Segunda Línea*, aunque igualmente muchas veces se encuentran al frente de las movilizaciones. Es que las *Líneas* se fusionan, se complementan. Son móviles, varían según las circunstancias, excepto la *Primera Línea*, que se auto-designó un lugar, un espacio a la vanguardia de las movilizaciones. Pero aun ésta va cambiando su composición. En todo caso, los jóvenes estaban para atender heridos. No pedían nada, no buscaban que les dieran las gracias, pero él de alguna manera las había confundido al marcharse. El muchacho, impetuoso, había perdido el miedo. Y fueron cientos y miles los que superaron esa sensación que perturba y sobrecoge. El miedo te asedia, encierra, te ahoga, pero –como dicen los integrantes de la que se ha convertido actualmente en la más numerosa Brigada de voluntarios– no te puede paralizar. Inclusive hasta cierto punto, dice Marcela, una de las voluntarias, te mantiene alerta. El primer día no tuvo tiempo de asustarse, fue todo demasiado vertiginoso, solamente al llegar a la casa se puso a pensar en los lugares donde estuvo, a lo que se expuso. Por eso siempre está el temor, no sabía lo que le podía pasar cuando estaba atendiendo a alguien y lo querían llevar detenido, o cuando los balines le rebotaban en los pies. Desde el primer día Carabineros disparó por doquier balines y perdigones a los

marchantes. También la Policía de Investigaciones. Una tarde, a mitad de cuadra en la calle Yungay, un piquete de detectives, usando cascos y chalecos antibalas, avanzó disparando balines de goma a manifestantes que se hallaban protestando en la esquina de Morris con Yungay. Un adolescente cayó al pavimento e inmediatamente la gente comenzó a gritar: ¡Herido, herido! Llamado que se ha hecho recurrente en todas las marchas. Sin vacilar, cuatro voluntarias de un grupo de Primeros Auxilios acudieron en su ayuda. Los ratis aún se hallaban cerca apuntando sus escopetas pero ellas, con apoyo de otras personas, lograron trasladarlo rápidamente a un costado de la calle a resguardo de posibles represalias de los policías. Eran las protestas iniciales y también lo eran los grupos de Sanidad organizados por amigos, compañeros de universidad, algunos enfermeros, cualquiera deseoso de colaborar. No tenían mayores implementos solo un gran corazón. Es que una de las grandes victorias de este movimiento ha sido la incondicional solidaridad y la empatía entre desconocidos nada más identificados por una causa común. Iban con botellas de agua con bicarbonato para contrarrestar los efectos de los químicos. Alejandro salía al principio a marchar con una de esas botellitas con aspersores. Hasta que un día le llegó un perdigón en el codo. En ese instante pensó que podía ser de mayor utilidad contribuyendo con sus conocimientos de enfermero. Lo mismo sucedió con Isabel, así que luego de semanas de participar en muchas marchas decidió cambiar su rol, pensando que era más útil su aporte en el campo de la Salud. Así lo hicieron ambos.

Los demás socorrían cómo y donde podían. La mayoría inunda cada rincón de la ciudad con pancartas, lienzos, batucadas, comparsas, reclamando por los abusos. Esos de treinta años. Pero Chile despertó, no con sueño, sino que con sueños, lo que es radicalmente diferente. Y por razones que sin duda sociólogos y psicólogos sociales tratarán de explicar en el futuro –porque siempre llegan tarde con sus rimbombantes teorías– pero que al pueblo en la calle poco le interesan, amanecieron sin temor. No sólo metafóricamente, sino que de hecho. Fernando, que proviene de una familia sobreprotectora, no participaba en manifestaciones, las evitaba, pues creía que eran instancias violentas, no comprendía lo que ahí sucedía.

Ahora, después del Estallido, sus amigos le decían que fuera, que saliera con ellos. No, repetía, después cavilaba ¿Y si les pasa algo? Se sentía culpable. Tal vez era mejor enfrentar sus propios miedos, marchar por otros y también por él. Se echó a la calle el día que se convenció que el planeta, los astros, se movieron de modo distinto, abrieron un lugar en el cerebro desde el cual se pudo estar consciente y ver, como en la matrix, todo lo que pasaba en derredor: la mentira, la injusticia. Porque a la gente se le privó de todo. Hasta del miedo, de esta manera Fernando luchaba por el derecho de caminar en paz por la calle. Caminó todo lo que no había caminado en muchos años. Era la necesidad del cuerpo de manifestarse, de no estar encerrado, un llamado del cuerpo a la consciencia de salir a luchar por el derecho a ser, a existir. Con su güira y silbato brasileño intentaba motivar a la gente en las marchas; a lo mejor no es muy bueno peleando, pero como actor y músico puede animar las movilizaciones y, de paso, desenmascarar a los pacos de civil quienes son pésimos actores. Empezaba a tocar la güira, se acercaba y les sonreía, se alejaban rápidamente pues la alegría les provoca rechazo. La música y la risa los desconcierta.

Como las sonrisas de los niños. Por eso Carabineros no tiene compasión alguna con ellos cuando se trata de reprimir. Les da lo mismo. Un martes de Paro Nacional, por allá un niño llorando desconsolado, los ojos cerrados y ardiendo inexorablemente por los químicos de las lacrimógenas. La madre sin saber qué hacer, él sin saber qué hacer. Con su pañuelo al cuello y las lágrimas manando sin pausa; el fuego policial le había explotado en su carita de no más de seis años. No cesaba de llorar, un par de jóvenes tratando de decirle que estuviera sereno, que se iba a pasar, pero era en vano, no podía parar. Lloraba con toda la pena del mundo. Un joven arrodillado a su lado le explicaba que tenía que abrir los ojos para echarle agua con bicarbonato, que le iba a ayudar. Y él seguía llorando en aquel día abochornado, y una mujer mirando hacia atrás maldiciendo a quien había gaseado a ese niño inocente que ahora seguía llorando sin querer mirar la vida que de improviso se había tornado amarga. No llegó nadie de Primeros Auxilios, era imposible ese día, la represión estaba desatada y ellos desplegados por todo el

Plan no daban abasto. La Brigada, la de Marcela, Alejandro e Isabel va donde va la masa, no se quedan solo en un lugar. Las marchas son multitudinarias en la ciudad y es complejo trabajar en la calle. Por otra parte, los heridos no quieren decir nada, cubren su rostro, están permanentemente escudriñando para todos lados por si vienen los carabineros. No se les puede asistir bien. Los mismos voluntarios se ponen nerviosos y tienen que aprender a distinguir el ruido de las lacrimógenas para tratar de ver donde caen, por si acaso impactaron a alguien y así correr a ayudar. Es difícil porque Carabineros los están constantemente mojando con el guanaco y gaseando. Están desprotegidos, pero igualmente permanecen en la calle donde se les necesita, aunque sea peligroso. Ahora tienen más implementos de seguridad, antiparras, cascos, máscaras antigases, y ningún voluntario sale si es que por alguna razón no los tiene. Lo que siempre falta son algunos insumos –bicarbonato, leche de magnesia, hidróxido de aluminio– porque únicamente se aplanan con donaciones. Lo anterior es esencial para las intoxicaciones con los químicos de las lacrimógenas, del gas con pimienta, del agua del guanaco que viene con químicos también. Producen irritaciones, quemaduras, vómitos, desmayos, ataques de pánico porque la gente no puede respirar. Como el niño que no podía parar de llorar. No era el único ese día. En la calle Uruguay, donde Carabineros emplaza las vallas de protección para impedir el paso hacia el congreso nacional, Hugo, el que fue niño durante la dictadura, la CNI, el de las pesadillas, 40 años después se encontraba en el lugar con una amiga en una de las tantas protestas. Cerca de ellos dos señoras mayores. Inesperadamente el carro lanzaguas apunta intencionalmente el pitón hacia las dos mujeres. No había nadie más. Los dos saltan para protegerlas, cubriéndolas con sus cuerpos. El chorro es tan potente que los remece, empapándolos a todos. El agua casi no importaba, el ardor era lo intolerable, es decir el componente abrasivo que el ex general director de Carabineros Mario Rozas argumenta desconocer que es. O, en el mejor de los casos, se ajustaría a los protocolos existentes. ¿Cómo se ciñe a los protocolos si no conoce sus elementos?.

Esa misma tarde, en algún, momento suena el celular de Eduardo. Tiene varias llamadas perdidas. Nada había escuchado, ya que después de haber estado un rato con el niño del pañuelo, volvió al ruido, gritos, consignas: *¡Pacos culiaos, Pacos Perkins, Hijos de Puta, Las balas que nos tiraron se van a devolver!* Bombas, sirenas, disparos, carreras. Imposible escuchar algo. Pero frecuentemente era indispensable revisar el celular para saber que sucedía con otros compañeros o compañeras. Estamos en avenida Francia, dice el mensaje. Se complicó la cosa. Ven. O algo así. Respondió: Voy. No sabía detalles, no tenía idea que había pasado, solamente que tenía que llegar hasta allá. Eran cuatro o cinco cuadras, a lo mejor no sería tan difícil, aunque los enfrentamientos estaban desperdigados por todo el Plan de la ciudad. ¡Estaba muy equivocado! Decidió irse por calle Yungay en contra del tránsito en la esperanza que los pacos no embistieran contra los vehículos aunque lo hacen igual. Y si venían por detrás, los autos particulares los podían detener un tiempo al hacerse un taco, lo que le daba tiempo para escapar. En la medida que avanzaba por diferentes calles tuvo que sortear pacos de Fuerzas Especiales, zorrillos, furgones, retenes, guanacos, disparos, lacrimógenas, vehículos particulares que casi lo atropellan varias veces. Mucho tiempo después supo de parte de la *Brigada de Salud y Emergencia* que, especialmente los primeros días, tuvieron que atender muchos heridos por atropellos, tanto por vehículos policiales como por particulares, el más grave fue una fractura de cadera. Daba lo mismo, forzosamente debía cruzar la calle para evitar las lacrimógenas o el gas del zorrillo, algunos autos frenaban, otros no. Los increpaba, les golpeaba el capó y los puteaba ¿No entendí que estamos escapando de los pacos? Les decía furioso Eduardo.

Por supuesto que no escuchaban ni entendían nada. Solo querían llegar a sus casas o trabajos. ¿Quién sabe? Pero los y las que se habían apropiado de la calle tenían un horizonte más trascendental. Al menos así creían con millones más en Chile y para eso hay que cruzar calles y tener rabia. Un cartel que llevaba una mujer en una de las tantas manifestaciones de la primavera en Valpo decía en letras rojas: *No tengo miedo de luchar tengo miedo de que todo siga igual.* Por eso partió

Eduardo a reunirse con los compañeros, tratando de protegerse, tal como lo hacían todos, y las antiparras eran vitales para que no te destrozaran un ojo. Las calles estaban repletas de piedras, barricadas, bloques de cemento, basura. Gente, mucha gente y, por supuesto Fuerzas Especiales y vehículos policiales. Era un infierno. Llegó a Francia por Brasil, encaminándome hacia Pedro Montt, toreando guanacos y zorrillos. No sabe cómo aterrizó en la plazoleta que une la Plaza del Pueblo, a un costado del Parque Italia, con la avenida Francia. Estaba extenuado, transpirando y casi sin saber cómo había llegado ahí entero. Hasta el día de hoy no lo sabe. En ese minuto ni siquiera tuvo tiempo de procesar el relato de lo que les había pasado a los compañeros cuando divisaron un guanaco y una micro de pacos y nuevamente a esconderse junto a otras personas que ahí se encontraban. Por detrás, en el Parque Italia, una batalla campal. Atrapados estaban, el carro lanzaguas tira su chorro y continúa su camino, la micro no se detiene. Y el aún agotado.

La compañera muestra su espalda: una gran mancha roja, la quemadura dejada por los químicos en el agua del guanaco. Arde, pero ahí está, no se ha ido ni se irá. Como tantos que superando sus temores, vuelven una y otra vez a las marchas porque es la única forma que algo cambie en este país. Después de todo como reza un cartel que cuelga en la Plaza del Descanso, en el cerro Cárcel, *Cuando uno no tiene nada que perder se vuelve valiente*. A esta otra pequeña plazoleta llegaron corriendo una madre y una niña –ambas gaseadas por bombas lacrimógenas– ahogadas, sin poder respirar. La niña desesperada, sin comprender lo que pasaba, su madre sin poder auxiliarla, turbada por el gas. Ocho años, quizás menos, llanto, angustia indescriptible. Otra niña más el mismo día. Llega otro bus de carabineros, se bajan varios de estos y detienen a un joven que nada hacía. No alcanza a reaccionar. Parte rauda la micro. Ya lo estarán golpeando como habitualmente hacen con los detenidos. La niña, mientras tanto, con la ayuda de solidarios manifestantes, se ha tranquilizado levemente, pero aun derraman lágrimas sus irritados ojos azabaches. ¿Qué será del niño del pañuelo? Por calle Victoria, otrora bullente centro comercial de tiendas de finas telas y vestidos de

novia, enfilan amenazantes hacia la plazoleta, un bus, dos piquetes de carabineros a lo ancho de la calle y un guanaco. Llevan escopetas. Precisamente cerca del lugar donde se hallaba la niña, una noche de protesta, un joven se subió al carro lanzaguas, manteniéndose largos minutos arriba de éste, manipulando e inutilizando su pitón. El conductor no supo qué hacer al verse imposibilitado de ejercer su labor represiva. La gente aplaudió el coraje y la intrepidez del domador de guanacos quien nunca pudo ser derribado por los corcoveos del metálico animal. Finalmente escapó entre los vítores de los manifestantes y la vergüenza de Carabineros, acostumbrados a enfrentarse con el pueblo desde la superioridad de su armamento. Es por eso que la niña y su madre, todos en realidad, se fueron de ahí, para no exponerse a los escopeteros que disparan al cuerpo. Juan, fotógrafo independiente, estaba un día en la mencionada calle Victoria al otro extremo, en la proximidades de la Plaza O'Higgins, cuando casi fue impactado por perdigones. Estaba detrás de un poste registrando los movimientos de la policía que disparaban lacrimógenas y balas de goma o perdigones a cualquiera. De pronto siente un golpe y estallido detrás de su cabeza en el metal de una señalética de tránsito. Nunca vio quien disparó, pero claramente el disparo estaba dirigido a él, no había nadie más cerca. Tuvo suerte, con su cámara al hombro, su cabellera ensortijada, registrando cada movimiento del Movimiento. Otro colega que en una protesta fue herido en la cara por balines, en Pedro Montt, no fue tan afortunado, cayó delante de él a no más de tres metros de distancia. Usaba lentes protectores, pero aun así su cara sangraba profusamente. Por ello siempre deben tener cuidado ya que se hallan en el vórtice de todo. Juan igual siente miedo, se le acelera el pulso, el corazón, se le seca la boca. Siente mucha sed. Pero al mismo tiempo, sabe que es importante tomar la foto, ese registro que circulará en las redes sociales, porque los medios en general no muestran la verdad, por eso son rechazados en las marchas. El Mercurio no va o sólo muestra a algún carabinero herido. Eso no es lo que sucede.

No, efectivamente, no es lo que acaece, a Juan lo mojaron con agua y soda cáustica en la espalda cuando en una oportunidad quedó solo en medio de la calle y no alcanzó a protegerse. A innumerables personas les ha pasado lo mismo y la

Brigada de Salud y Emergencia debe movilizarse constantemente para contener hemorragias, estabilizar a los heridos y, en caso de gravedad, llamar al SAMU para que estos sean trasladados a un centro hospitalario. Otras veces los heridos son llevados al puesto médico que estudiantes del área de la Salud de la Universidad de Playa Ancha establecieron en una de sus sedes en la calle Independencia. Llegan solos o acompañados, siendo centenares los atendidos por los voluntarios. En la Brigada han atendido múltiples quemaduras, perforaciones en las orejas, heridos por balines y perdigones; gente con crisis de pánico por pérdida de visión y dificultad para respirar por lacrimógenas. Los más graves, posiblemente, sean un joven con estallido ocular y otro baleado en su tráquea en la Subida Ecuador. Se la perforaron y tuvo que estar al menos dos días con ventilación mecánica. Los voluntarios de la Salud estuvieron ahí, los balines les podrían haber impactado a ellos, pero la calle es su vocación. Piñera desató la guerra contra el pueblo, ellos propalaron la ternura. En una de las tantas protestas Francisca estaba con una compañera en Pedro Montt, a la altura de la escuela Grecia, atentas en caso que tuvieran que asistir a alguien. De la nada las empezaron a bombardear con lacrimógenas. No se podía respirar; una de ellas quedó ciega, empezó a vomitar y le dio un ataque de pánico. Francisca apenas podía ver, pero escucha cuando su amiga le dice angustiada: Oigo por allá a alguien que se está muriendo ¡Anda ayúdala! Estaba vomitando, pero igual quería ayudar a otra persona ¿Qué más humanidad se puede pedir? Es que el apañe mutuo es esencial dice serenamente Camila, también actriz. Hay que cuidarse, protegerse. En las marchas, y después también. Caminar, observar, saber cuándo quedarse y cuando no. Irse antes a la casa porque es un espacio vital de encuentro; ahí juntarse, reír, llorar, comer. A veces algunos se quedan. Al día siguiente de nuevo a la calle. Lo importante es estar ahí, cada cual cooperando en la medida de sus posibilidades. Unos obsequiando bebestibles, sándwiches, consomés, agua, limones, naranjas o dulces para comer a los cansados manifestantes que pasaban largas horas en la calle. Todos contribuyendo como podían o querían. Corriendo por la calle en medio de la humareda junto a otras amigas, una joven de no más de 16 años se percata que un fotógrafo independiente apunta su cámara hacia ellas. De haber sabido que nos

tomarían una foto me habría maquillado, dice bromeando y riéndose. Otra muchacha, un rato después, por mismo lugar, recorre la acera ofreciendo dulces de leche y miel.

Es que Valparaíso ya había sido golpeado por el Golpe y ahora golpeaba de vuelta. Lo hizo con alegría, cánticos, bailes y algaradas, pero siempre se encontró con la respuesta violenta de Carabineros, Policía de Investigaciones, de las Fuerzas Armadas y de civiles de quienes nunca se sabe a cuál cuerpo armado pertenecen. Ahí surge la resistencia y la furia. Es que, se pregunta Francisca ¿Qué otro sentimiento puede emerger cuando a tu amiga la detienen, la golpean, la suben a un furgón los pacos y amenazan con violarla por horas? Ella estuvo tres semanas sin salir de su casa y cada vez que escucha una sirena o ve a un paco tiembla. Sí, nos dicen que se puede protestar, pero que quemando no es la forma ¡Pero si ellos quemaron La Moneda! ¡Si el cristianismo quemó todas las aldeas! ¡Quemaste a los obreros en la Escuela Santa María! ¿Y ahora dicen que no es la forma? Puede no ser la manera pero ¿Qué derecho tienen ellos a decidir cómo debemos defendernos nosotros? Alejandro lo sabe muy bien, porque lo ha vivido varias veces, aunque la gente llegue perforado con balines, quieren volver a seguir peleando. Como Cristian, quien a sus 18 años se enfrentó, en conjunto con mucha otra gente, a los carabineros por largo rato en el centro de la ciudad. Fue una calurosa tarde de octubre. Las lacrimógenas incrementaban el calor y el ardor de los ojos bajo la necesaria capucha. Hubo de escapar en dirección a Brasil y posteriormente por calle Rodríguez hacia Blanco. Súbitamente aparecieron al menos una docena de motoristas, rodeándolo y arrinconándolo contra la pared. A Cristian, egresado de Liceo público y futuro endeudado si es que resolviera estudiar en la universidad, lo botan al suelo, pasándole las motos sobre los brazos para inmovilizarlo. Siguen azotándolo con sus bastones, le pegan un culatazo en el rostro fracturándole la nariz. Luego le esparcen gas pimienta en la cara, le suben al furgón y lo trasladan a la segunda comisaría en calle Colón. Continúan los gritos y golpes. A las pocas horas lo dejan en libertad, no quedando registro de su detención y, por consiguiente, tampoco de sus heridas. Esta es una práctica habitual de la policía de manera que

la cifra de detenidos y heridos es mucho mayor que la consignada en los Informes oficiales. Cristian no lo expresa de la misma forma, pero sin duda que representa fielmente el simple rayado sellado a fuego en un muro al costado de la Plaza Victoria que dice: *En adelante la gente quiere vivir y no sólo sobrevivir*. Y volvió al poco tiempo a la calle. Para él es evidente que de a poco se iba aprendiendo a practicar la autodefensa de masas. Por su parte, la labor de las *Brigadas de Salud* y de los *Observadores de Derechos Humanos*, era proteger de la mejor manera posible a los porteños y porteñas arriesgando sus vidas. Una tarde, también de sol, avanza lento por la calle Pedro Montt un desvencijado furgón volkswagen de color té con leche, tras el volante un joven espigado sonríe con inusitada calma. Es que en derredor arrecian las bombas por ello no es para estar tranquilo, sin embargo él lo está. En su parabrisas pintadas una cruz azul y las palabras Derechos Humanos, y en la parte delantera del vehículo un gran neumático de repuesto. Una especie de ojo gigante mirando todo lo que sucede en las calles del puerto, esa tarde, así como en todas la movilizaciones, pero no solo observando pasivamente, sino que protegiendo a los manifestantes o trasladando heridos en la mítica combi. Es otro voluntario, otro porteño más que salió a la calle movido por su consciencia. Como Carlos, quien, en otro terreno, junto a otros compañeros y compañeras, al comienzo van pensando sobre la marcha, organizándose mientras corren, o los gasean, mojan, o hieren y disparan. Cualquiera cosa puede pasar. Es parte de la lucha, pero desde el primer momento dan cara, se enfrentan como pueden y donde pueden. Siempre lo ha hecho, pero hay gente que jamás participó en marchas o protestas antes y ahora salió a la calle. Algunos se quedaban hasta el final, otros se iban apenas comenzaban los enfrentamientos, pero miles se quedaban. Era común que ante la arremetida de los pacos venía la primera estampida general, el temor a ser herido, excepto la *Primera Línea* que permanece dando cara, resguardando la retirada del resto de la marcha. No importa si es día o noche, si esta frío o caluroso, siempre están ahí.

El sol apareció tímidamente la mañana cuando se reunían los funcionarios, enfermeras, auxiliares, paramédicos en la avenida Colón, en las afueras de la posta

de urgencia y frontis del hospital Van Buren, el principal de la ciudad. Al fondo la Iglesia de la Santa Cruz como silenciosa testigo de un terremoto social quizás más estremecedor que el que destruyó la ciudad en 1906 donde, coincidentemente, Carlos Van Buren jugó un rol crucial en la reconstrucción del vetusto hospital, antes llamado San Juan de Dios. Porque ese fue un sismo natural, este es un movimiento telúrico social, también imprevisto, pero que desde el hospital se vistió de delantales y uniformes blanco y celeste para marchar hacia el congreso. Se demoraron en salir esperando a más gente, en el intertanto varias ambulancias se cruzaron en la calle cortando el tránsito. A algunos metros un piquete de carabineros de Fuerzas Especiales se paseaba nervioso pero no intervino. La marcha, con carteles, lienzos, pitos, consignas, y cánticos enfiló en dirección contraria a la policía. Otro grupo de manifestantes ya se encontraban en las inmediaciones del congreso apoyando el Paro de la Salud. Fueron dos marchas paralelas que se unieron en la calle Pedro Montt ese día, brotaron los aplausos espontáneos cuando los trabajadores de la salud doblaron por Morris hacia la avenida principal. Un poco más allá hacia el mar, una pareja se besaba, recién saliendo de un hotel del barrio, sin importarles o entender lo que sucedía a su alrededor. Varias personas que se cobijaban de las bombas lacrimógenas se miraron, y alguien exclamó: que hermoso. A los segundos pasó nuevamente el zorrillo, esparció una cantidad impresionante de gas naranja lo cual dejó ciegos y ahogados a todos. Al abrir los ojos, increíblemente, la pareja se dirigía plácidamente en dirección a la aduana, tomados de la mano y felices.

La marcha de la Salud no comenzó a la hora, las marchas autoconvocadas por redes sociales usualmente sí, y casi siempre en la Plaza Sotomayor. Pocas veces en otros lugares, aunque eran tantas las convocatorias, las organizaciones, coordinadoras, cabildos y asambleas territoriales surgidas –mayoritariamente– por todos los cerros de Valpo. que estas se cruzaban y la gente no sabía a cuál asistir. Entonces se multiplicaban las preguntas por whatsapp: ¿Hay marcha hoy? ¿Dónde es? En la Sotomayor a las 12. Pero me llegó la información y dice a las 6. Se replicaba. Otra podía decir que partía de la Plaza de la Resistencia o quizás en la Plaza Victoria. Un poco de confusión, pero no importaba, lo primordial era participar.

Estar. Era trivial cómo ni dónde, al cabo todos y todas se encontraban unidos por la alegría y la rabia en un lazo indisoluble contra el abuso de 30 años. Palabra gritada, escrita y repetida en muros y pancartas. *No más abusos la lucha es de todos*, se leía en un lienzo desplegado por dos mujeres en la Plaza del Pueblo el día de la Huelga General. Se dirigían al Congreso con toda la carga y la decisión de millares de porteñas, viñamarinas, quilpueinas, villalemaninas, limachinas, y de distintas ciudades de la región. Mujeres de todos los signos que levantaron su voz, sus puños, su accionar para denunciar lo mismo que era consignado en el artesanal cartel que llevaba pegado en su mochila una joven de polera blanca: *La dictadura perfecta es la que se viste de democracia*. ¡Y cuánta razón tenía! Daniel, empleado de un taller que trabaja cerca de ahí, se topó a tres cuadras del Congreso con ella porque la “democracia” ya había reprimido violentamente a las primeras columnas de manifestantes. Era una marcha tranquila como todas, no obstante como insistentemente se ha dicho, despertarse en Chile ha costado un ojo de la cara, literalmente, para más de 450 chilenos y chilenas.

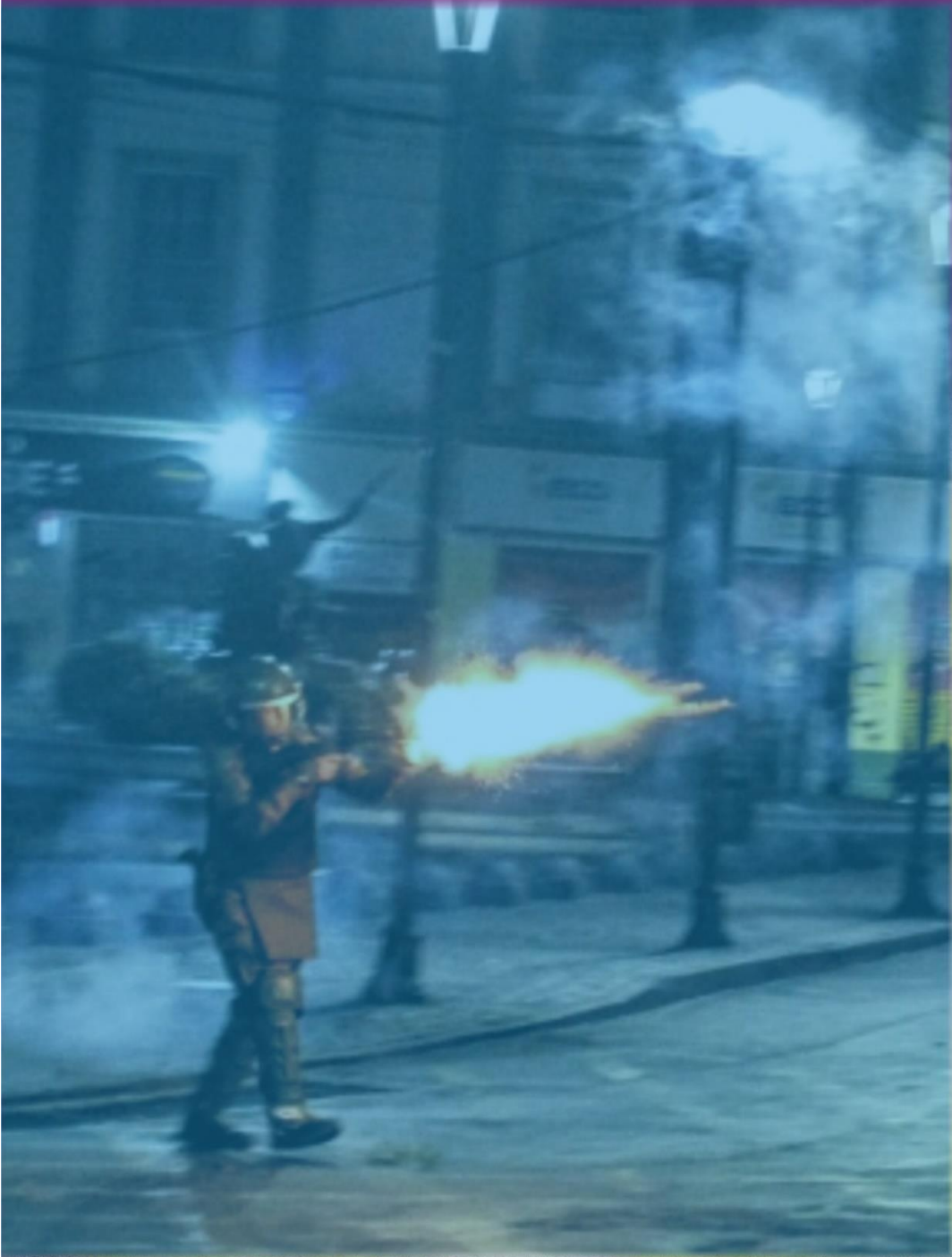
En esa ocasión también estaban Laura y Javier, ambos profesores, a quienes habían dispersado con lacrimógenas, además el zorrillo gaseó todo a su paso. Lograron evitarlo, pero a pesar que no había viento y sí mucho calor, se hacía difícil respirar, por eso se alejaron del lugar para luego retornar. Se hallaban a tres cuadras del Congreso. Ellos fueron a casi todas las marchas, excepto cuando se los impidió su trabajo. Fueron distintos días, lugares y situaciones. Horas eternas juntos, muchas veces se perdieron, otras tantas se reencontraron. Ella siempre serena. Javier nunca. Es que no puede olvidar aquella tarde cuando se convocó a un encuentro familiar en la Plaza Victoria, con máscaras y disfraces. Había mamás, niños. No eran más de 200 personas, tal vez menos, aun así, Carabineros estaba apostado en la calle Independencia, Edwards y en la Avenida Pedro Montt, con guanacos, zorrillos, retenes y por supuesto con personal armado. En un instante, sin provocación alguna comienzan a disparar lacrimógenas. Javier solo atina a tratar de cubrir a una madre que llevaba a su niñita en coche, a sacarlas de ahí. Vuelve a la plaza para unirse a muchos y muchas otras que ya estaban resistiendo. Una joven

le pasó piedras. No sabe si les llegó alguna a Carabineros, pero a esas alturas daba lo mismo. Los niños, sus mamás, máscaras y juegos habían desaparecido. La plaza se hizo irrespirable, los manifestantes retrocedieron hacia la plaza Simón Bolívar y a las inmediaciones de las calles circundantes. El guanaco y el zorrillo comienzan a dar vuelta por la plaza Victoria tratando de mojar y gasear a todos los que ahí se hallaban. La respuesta, invariablemente, una andanada de todo tipo de proyectiles. Eso continuó por largo rato, hasta que Carabineros tuvo que ir a reabastecerse. Pero antes de esto algo le impactó en el estómago a Javier, alcanzó a emitir un leve sonido, una especie de gemido de sorpresa. Miró hacia abajo y no vio nada, excepto una piedra en el suelo. Nadie le había disparado, era otro compañero en la plaza del frente que estaba tirando piedras al zorrillo, erró y le dio a él. Eso era habitual que sucediera, no obstante el sobresalto no fue menor.

En todo caso, ese mediodía de la Huelga general con Laura volvieron a las inmediaciones del Congreso, ella con su habitual calma, él con su constante furia. Las dos condiciones no son excluyentes, supongo, pues ella tiene muchísimas razones para estar indignada con éste y muchos otros gobiernos. Es solo que pueden estar en el mismo lugar y en la misma situación pero reaccionan de distinta manera. No sé, me imagino que nadie puede medir la rabia o las formas de comportarse de una persona. Un domingo, cuando ya oscurecía, se extrañó de aquello de la serenidad, nunca lo había pensado, para ella lo crucial es estar siempre muy atenta, alerta para poder intervenir si es que detenían a alguien. A algún conocido; proteger a sus alumnos con quienes se encontró muchas veces en las marchas. No permitir que les hicieran nada, ni a ella tampoco; no los iba a dejar. Hay que estar aquí y para eso no puede haber miedo. Hay un precio que pagar en todo proceso de cambio y esta vez también ha sido muy alto. Pero no se puede tener miedo. Si está largas horas en las protestas es porque siente que puede ayudar de algún modo. Le da lo mismo. Quizás esa seguridad de poder y querer hacerlo se trastoca con sosiego, lo que transmite calma. Pero no es sólo eso lo que motivó a los porteños a salir a la calle. Lo fue también la violencia vivida el primer día de la Rebelión de Valparaíso. Lejos de tener miedo fue un motivo más para

seguir en la calle, para exigir que esto parara. Para decir basta con los crímenes. La misma razón por la cual la gente le gritaba en sus caras donde fuera y como fuera su rabia a la policía. Se veía todos los días, a cualquier hora y en cualquier calle del puerto. Ellos callados. Un tarde de noviembre Daniel se dirigía a un café con un amigo y casi en la puerta se encuentran con tres carabineros de Fuerzas Especiales. No se pudo contener. Se detuvo, se plantó al lado de ellos y comenzó a decirles todo lo que pensaba de sus crímenes, sus robos. Qué se yo, descargó toda su rabia en una ráfaga de insultos esperando que en cualquier momento saltaran a golpearlo, detenerlo, y su amigo tuviera que tomarse su café solo. No dijeron nada, ni una palabra. Se dieron media vuelta y se fueron. Se tomaron el café los dos.

rebelión EN valparaíso



La bandera de los pacos

El humo corrosivo de las lacrimógenas y el silbido de los balines abarrotaban el aire de la calle Ecuador, en la zona cero de Valparaíso, uno de los varios centros de la resistencia porteña y, por ende, de la represión policial. Es una subida que empieza suave, conduciendo a otras calles con pronunciadas pendientes, típicas del puerto, y a múltiples cerros: San Juan de Dios, La Loma, Jiménez, Yungay. Hay restaurantes, fuentes de soda, fruterías, panaderías, botillerías, almacenes, carritos de venta de pescados, bares, paraderos de colectivos y taxis. Suben y bajan micros repletas de pasajeros. Es altamente transitada, día y noche. Un lugar popular desde siempre y ahora, desde el inicio de las movilizaciones, escenario de cruentos enfrentamientos, básicamente –en un primer momento al menos– debido a que Carabineros lograba temporalmente dispersar a grupos de manifestantes que participaban en las marchas. Centenares de estos se reagrupaban en este sector, o en otros lugares de la ciudad, para defenderse de las agresiones policiales y, también, continuar el combate y, de este modo, recuperar el recién ganado, aunque incipiente, territorio liberado. Una de esas tardes, mientras ardían barricadas, ubicados hacia el lado de Yervas Buenas, la calle que conduce a los turistas hacia La Sebastiana, la casona de Pablo Neruda, se esquivaban las bombas y los perdigones. Pero pocos podían escapar a los efluvios del gas. Los compañeros de la *Primera Línea* guerreaban con carabineros detrás de barricadas al borde de la calle Condell, la que separa Ecuador de Bellavista. Uno de los vértices peatonales y vehiculares más concurridos de Valparaíso. Estaba vacía, excepto por la policía y manifestantes, quienes abandonaron sus posiciones tras un muro para, cautelosamente, comenzar a sumarse a otros que bajaban de las laderas del cerro ya que Carabineros había retrocedido momentáneamente. La gente detrás de ellos, las piedras en las manos prestos a lanzarlas apenas fuera necesario. Fue de inmediato porque las Fuerzas Especiales atacaron disparando sus escopetas, así como decenas de lacrimógenas. No dispararon al aire, sino que al cuerpo. Nada de normativas, como repetía majaderamente el por mucho tiempo inamovible ex general director general de Carabineros Mario Rozas, o los a la sazón ministros

del interior, Andrés Chadwick, Gonzalo Blumel, o el mismo presidente Sebastián Piñera. Nada de protocolos. Mentira. Disparan a matar o mutilar, lo demás es lírica.

Es lo que hicieron, tal como en incalculables otras partes, en el ataque a la sede comunal del Colegio de Profesores. Ataque artero puesto que los docentes solamente se refugiaban en el lugar tratando de atender heridos producto del accionar de Carabineros. Fue el día del Paro de Profesores, una mañana nublada de noviembre, cuando la policía bombardeó con docenas de lacrimógenas la sede, sita a un costado de la Avenida Argentina en un sector rodeado de colegios. Claudio Inda, profesor de la contigua Escuela Alemania, fue impactado en el rostro por una de éstas, le fracturaron su mandíbula, perdiendo varias piezas dentales. Una vez más: Nada de protocolos. Por lo mismo, al momento de embestir Carabineros en la subida Ecuador, muchos arrancaron hacia el cerro para después regresar si es que era posible. Para Rodrigo, electricista y ratón de biblioteca, no lo fue. Junto a su sobrina Claudia se encontraban ahí esa tarde de infernal calor. Pegados a la pared para evitar los disparos, mucha gente –casi todos jóvenes– gritaban: *¡pacos culiaos, asesinos!* Los gritos que más resonaron por meses en el Puerto. Indiferentes a los gritos, ellos agazapados detrás de los postes apuntaban sus escopetas hacia arriba, en una arteria empinada que debido el calor a cada paso costaba más ascenderla. No importaba, pues lo que todos deseaban era avanzar en dirección contraria. Bajarla. Pero el gas ahogaba, penetraba en los ojos, como siempre. Además, los carabineros seguían subiendo con sus armas en ristre, enfrentarlos solo con piedras o gritos era muy peligroso. Las barricadas habían quedado atrás. Proseguir subiendo Yervas Buenas hubiese sido una proeza, demasiado extensa y pronunciada si tienes a las Fuerzas Especiales persiguiéndote con escopetas era obvio para Rodrigo. Luego aparecerían los zorrillos y furgones. Claudia conocedora del sector, apuntó a una de las características escaleras porteñas; por aquí dijo, dirigiéndose a todos los que pudieran escucharla. La escala era eterna, Rodrigo no tenía idea donde los llevaba, simplemente la seguía. Al parecer nadie más subió. En algún momento llegan arriba, a una calle ancha y caliente. Se cruzan con un hombre enjuto que viste una

camiseta de Wanderers, se saludan como se saludan los wanderinos aun sin conocerse. Hedían a lacrimógenas, pero no dijo nada. También transpiraban por el calor, el fuego, las carreras, los apurados enfrentamientos. Tenían mucha sed, relata Claudia pero más que eso, rabia por no haber podido regresar al Plan. Esa extraña mezcla de sentimientos. Por un lado, saben que pueden volver de alguna manera, encontrar el pasaje, la escala, el rincón o sombra donde ningún paco te verá. Por el otro, complementa su tío, eres consciente que este es un proceso largo que está recién comenzando, que no eres indispensable. Nadie te echará de menos. Ya vendrán otras tardes, noches y días. ¿Y si no vienen? ¿Si se van o pasan de largo, como tantas veces ha sucedido? Le sobresalta la voz de Claudia: un almacén, dice. Ahí. Una bebida grande, helada para aplacar la sed, el calor, y luego seguir caminando por la Avenida Alemania. Abajo, a lo lejos, con certeza, se enfrascaban en una encarnizada batalla la policía y cientos de manifestantes. No podían saberlo. ¿Y por qué no? Al carajo con el calor, la Avenida Alemania, la bebida y todo lo demás, uno supone que habrán sido sus pensamientos. Claudia se fue no sé para dónde y Rodrigo se encaminó hacia la plaza Bismark, bastante más al sur. Halló una escalera estrecha y prolongada. Una pareja subía embozada en pañuelos, con botellas de plástico, más atrás los seguían varios jóvenes, todos con los ojos irritados, sudados, serios. Una hilera de gente que se retiraba de la batalla, pensó, y él que volvía a no sabía qué. Llegó tarde, se dijo a sí mismo. Mierda. Aunque no sabía bien a qué realmente había llegado tarde. Desembarcó en la subida Ecuador, miró hacia su derecha: nada. Miró hacia su izquierda y aún permanecían barricadas humeantes, mucho ruido, voces, gritos, disparos. El inconfundible gas de las lacrimógenas impregnaba cada recoveco de las calles, las casas y, por supuesto, dañaba a todo el que hallaba a su paso. Su mirada y memoria fotográfica le permiten recordar y fijar detalles impresionantes, hasta el olor de las lacrimógenas y la velocidad del viento y de los sueños. Y en la subida Ecuador había caos esa tarde.

El mismo escenario que describe Gonzalo el atardecer aquel cuando encontró la bandera de los pacos a pocos metros de esa escalera. Las escaramuzas comenzaron temprano el día de conmemoración del asesinato del comunero

mapuche Camilo Catrillanca. Camilo fue asesinado de un balazo en la nuca por Carabineros. Murió intentando proteger a otro joven mapuche, como mueren los valientes. Fue en *Temucuicui*, territorio militarizado por el Comando Jungla, donde no hay jungla, enviado por el Estado chileno. Pero la represión no es nueva en la comunidad. No es fácil llegar. En el aire se palpa la tensión y la desconfianza hacia los *wingka* desde hace tiempo. Hace casi 15 años, en 2004, en medio del calor estival, por las laderas de *Temucuicui* desde una pequeña, seca y agrietada loma, se divisa la casita de madera de los Catrillanca. Ahí parada en la puerta de su casa se encuentra Teresa. Saluda sonriente, con aquella proverbial hospitalidad mapuche, con todo el tiempo del mundo a pesar de la desgarradora situación que vivía. Al interior, la frescura de la casa parecía haberse bebido el calor exterior y, también, a pesar de las incertidumbres del momento, ahí estaban el muday y las sopaipillas con una prodigiosa variedad de *merken* y ajíes que jamás se ven en mesa chilena alguna. Todo ante la atenta mirada de Camilo quien tenía tan solo 10 años y de Paulina de 7 años. *Newen*, el más chiquito quien había nacido hacía apenas un año antes nada más sonreía. Los niños no decían nada, silenciosos estaban, ante los *wingka*, ante sus ojos, enemigos. Eran las víctimas olvidadas de un conflicto que nunca termina.

Camilo, el mayor, quedó repitiendo el cuarto básico, pues le era imposible concentrarse al estar preocupado de todos los vehículos que pasaban cerca de la escuela. ¿Serán de Carabineros, de la PDI? ¿Vendrán a allanar la comunidad? No puede olvidar la represión de la cual ha sido testigo todos estos años. Nadie en su escuela, emplazada a algunas cuadras de su hogar, le ha ayudado. Tampoco a su hermana Paulina, de hecho por mucho tiempo ella lloraba, no comía, y creía que al papá lo habían matado. Pero además, porque la profesora todos los días le preguntaba por el papá. ¿Dónde alojaba, qué dónde comía? Después se enteraron que era esposa de un carabinero y estaba tratando de obtener información de la niña. Teresa habló con ella y le dijo que estaba sapeando, que cómo podía hacerle eso a una niñita, que si no le daba vergüenza. Trató de disculparse nada más. Teresa Marin Melena dice que Camilo le abraza y le dice: trabajemos no más y

algún día vamos a ser felices con mi papá. Su papá está prófugo, porque el Estado chileno le ha usurpado por la violencia todo su territorio, que el racismo de las clases dominantes es visceral. Las forestales también ¿Qué futuro tenía Camilo? En esa época, los mapuche de *Lumako*, *Temulemu*, *Didaico*, *Pantano*, *Lleu-Lleu*, entre otras comunidades, habían logrado grandes avances. En el mismo *Temucuicui* recuperaron el Fundo Alaska de la Forestal Mininco. Ese niño que debería estar jugando o estudiando, solo pensaba que a lo mejor algún día serían felices como familia. Jamás pasó por la cabeza de nadie que ese niño de apenas 10 años terminaría con su cráneo despedazado por un proyectil disparado por un policía entrenado, como argumentan, para exclusivamente hacer uso de las armas efectuando disparos disuasivos y controlados. Camilo, el mismo niño tímido y serio que soñaba con justicia en su casita de madera, fue ejecutado por la espalda. ¿Habrá tenido tiempo para meditar acerca de la felicidad familiar que tanto anhelaba? Esto en los escasos segundos que tuvo para salvarle la vida a un hermano mapuche en el tractor acribillado por esos disparos “disuasivos y controlados”. Quizás mientras se le escurría la vida por entre los relámpagos implacables de la muerte miró por última vez su tierra recuperada, besándola con un dejo de tristeza, pero, al mismo tiempo, con el orgullo de haber sido un *weichafe*, un guerrero. Participó en recuperaciones de tierras y luchó por autonomía. En una oportunidad señaló: somos comunidades, somos pueblo mapuche que estamos siendo reprimidos. Nada muy diferente a lo que hace el gobierno actualmente con el pueblo chileno. Por eso es que Gonzalo participó en la marcha por Catrillanca y, ahora se hallaba en la subida Ecuador. Piquetes de Carabineros se encontraban apostados en Condell, perpendicular a Ecuador, moviéndose entre esta calle y Pirámide, una pequeña calle peatonal ubicada a la derecha de la primera en dirección al cerro. Ahí, al comienzo, hay un antiguo hotel, fruterías, una panadería, pequeños negocios, vendedores ambulantes de pan integral, de huevos, hierbas medicinales, y de un cuanto hay. Todos habían desaparecido, ya que los pacos descargaban todo su arsenal para impedir que se acercaran los manifestantes. Gonzalo se cansó de esto. ¡Vamos cabros! ¿Estos pacos mataron a un hermano mapuche. Mataron a Catrillanca. ¡¡Vamos!! Reunió a varios *Primera Línea*. Se

concentraron en Pirámide para sacarlos de ahí. De a poco fueron ganando terreno a los pacos: 10 metros, luego otros 10 más hasta que los expulsaron de ahí. Ya no le podían disparar a nadie. Coincidentemente, los *Primera Línea* de Ecuador hicieron lo mismo, lograron que los piquetes de carabineros escaparan de ese sector también. Habían recuperado la calle. Justo enfrente está la farmacia mapuche *Makulawen*, una señal simbólica tal vez, pero señal al fin y al cabo. Gonzalo, guitarrista de una banda de rock, dedicó esta victoria a Camilo.

Descansan un rato aunque siempre alerta para posteriormente, junto con mucha otra gente, dirigirse caminando hacia arriba de la subida Ecuador cuando imprevistamente se topan con una barricada. Se sorprenden al ver que arden un sillón elegante tipo Luis XV, un barcito, sillas. Todo ardiendo, gente eufórica. Miran hacia la casona y ven una placa que dice: Casino Social de personal jubilado de Carabineros de Chile, o algo así. Nadie tenía idea que existía, pero alguien se dio cuenta y consideró que para evitar los perdigones, los zorrillos, las detenciones, las golpizas, era legítimo saquear a los pacos y utilizar el material para barricadas. En un momento alguien sale de la casa con una bandera en sus manos, apenas se la podía. La deja en el suelo. Era la bandera de Carabineros de Chile, hecha de terciopelo, bordes dorados. Un asta de madera preciosa. Era enorme, pero igual la tomó Gonzalo y salió corriendo con ella. Al menos él recuerda que se sentía como Alexis Sánchez después de patear el penal contra Argentina en la Copa América. Había como 200 o 300 personas en ese momento y todos aplaudían, gritaban, le aclamaban. Era tan grande que le tiraba hacia atrás, aunque no había viento, sino que mucho calor. Corrió por todo Ecuador para arriba. La gente se pasaba la bandera por todas partes, la escupía. Así es el odio que la gente les tiene a los pacos. Luego decidió, sin pensarlo, dar la vuelta y correr cerro abajo; llegó a la barricada donde antes había estado el sillón Luis XV el cual había sido totalmente consumido por las llamas. Llamas que en un momento fueron hasta de dos metros de alto. ¡No había nadie! ¿Qué pasó con la gente, con las 200 personas? Él que participó en decenas de movilizaciones no supo qué hacer. Miró hacia su derecha y ve que por la vereda del frente viene subiendo un piquete de carabineros. En la

misma vereda en que estaba, a veinte metros, otro piquete. Y el sintiéndose muy pequeño con una bandera verde gigantesca en sus manos. Mira a los pacos, mira la bandera, mira el fuego y tira la bandera al fuego. Ahí tienen su estandarte pacos conchasdesumadre, grita. Sale corriendo a toda velocidad hacia arriba tratando de eludir los perdigones, balines o quien sabe que más dispararon. Los matajabalíes le dieron, pero ninguno lo hirió de gravedad. Ese mismo día, por primera vez escuchó y vio una bomba de ruido. Fue cuando estaban resistiendo detrás de un paradero, y además con los escudos porque se habían reagrupado como *Primera Línea*. Vio que uno de los carabineros hace el típico movimiento para lanzar una bomba de mano, pero era algo distinto. Rebota a cinco metros, explotando y aturdiéndolos por el ruido, los tímpanos les retumban y duelen, el zumbido se hace insoportable. En ese momento observa sus heridas y nota que son muchas y que se habían abierto. Sigue corriendo con otros compañeros en medio de lacrimógenas y todavía con el silbido resonando en los oídos producto de una bomba hasta ese momento desconocida para ellos. Tampoco podía, o tenía porqué saber él, que a escasos pasos del casino de Carabineros, bajando por Ecuador, hubo por años una casa donde funcionaba un prostíbulo y muchos de los clientes, recuerdan antiguos porteños, como Eugenio, eran detectives y carabineros. Ahora los carabineros han vuelto una y otra vez a su señorial casino en busca de entretenimiento, cuecas, boleros, comida y alcohol a costa de la plata de todos los chilenos. Es que ellos, a diferencia de la inmensa mayoría de los chilenos, tienen un sistema exclusivo de pensiones que supera ampliamente las miserables pensiones de las AFP. En el mismo año del Estallido lo mínimo que recibía un jubilado de Carabineros era un millón de pesos. Además, las últimas investigaciones realizadas por el Ministerio Público arroja que Carabineros de Chile ha robado más de 29 mil millones de pesos a todos los chilenos mediante un fraude al Fisco ¿Les habrá alcanzado para comprar otra bandera?

El tío Rodrigo no pensaba en eso, la tarde que bajó del cerro desde la plaza Bismark. Había cruzado por una calle lateral hacia la calle paralela, General Mackenna. Desconocía que el general había nacido en Irlanda y que casi fue

general en jefe del ejército patriota durante la guerra de la independencia. O sea fue un hombre destacado de la elite al parecer. Incluso fue gobernador de Valparaíso, el que ahora apestaba a lacrimógena y estaba plagado de casquetes de bombas de toda clase. Descendió cauteloso, más abajo ardían barricadas, se escuchaban sirenas, pero por sobre todo había diseminados una absurda cantidad de carabineros y vehículos policiales cuando los manifestantes ya no estaban reunidos en ese lugar. Únicamente había gente que ansiaba tomar colectivos para llegar a sus casas. El comercio cerrado y los pocos bares abiertos ya habían adoptado las medidas que se hicieron habituales después del desconcierto de las primeras dos semanas. Apenas comenzados los disturbios, como gusta llamarlos la prensa y las autoridades, los bares y restaurantes bajan las cortinas, los mozos o meseras se ponen mascarillas –las cuales también están disponibles para clientes– y, además, hay botellitas de agua con bicarbonato con sus respectivos aspersores para paliar los efectos del gas. Así, la vida prosigue normalmente hasta que afuera terminan los enfrentamientos y nuevamente se suben las cortinas. ¿Surrealismo total? Tal vez, pero fue la manera de sobrevivir y resistir por meses en una ciudad arrasada por la policía, por el gobierno y sus representantes locales que dejaban actuar en la más completa impunidad a sus agentes del “Orden”. De hecho, en la misma calle Mackenna, un centenar de metros hacia abajo, en otra oportunidad, media docena de motoristas en conjunto con otros carabineros, organizó un “callejón oscuro”, un pasadizo humano uniformado por donde debían pasar transeúntes con el sólo propósito de golpearlos. Ninguno de ellos estaba haciendo algo: no participaban en protestas ni agredían o insultaban a carabineros. Nada. Fueron hombres, mujeres de todas las edades que se trasladaban hacia el Plan en plena tarde, encontrándose con la alevosía de Carabineros quienes repartieron lumazos a diestra y siniestra. Literalmente, porque las personas fueron golpeadas en todas partes del cuerpo a ambos lados de la calzada sin entender que pasaba. La Armada en esa ocasión, para justificar tal acción declaró que los individuos portaban bombas molotov. Falsedad replicada por los medios de comunicación y nunca desmentida por la Marina.

Es que los pacos son todos iguales, señala con rabia Francisca. No cree en la violencia y sabe que en la calle hay violencia y que proviene de Carabineros, pero igual sale a protestar. Tiene un amigo que a veces lo paraliza el miedo, que se siente inútil, frustrado porque no puede ir a las marchas. De repente va con su cartel y no se quiere quedar. Ella nunca en su vida pensó que iba a estar todo el primer mes en las *Líneas*, apagando lacrimógenas, dando primeros auxilios o explicándole a un niño que volvería a respirar. Pero la historia es así, sencillamente te llega y la haces o te pasa de largo. Y ella, como tantas, decidió que no le pasaría de refilón y por eso en una de las marchas se encontró arrinconada por cuatro piquetes, lo único que veía era verde. No supo en qué momento la marcha se disolvió. Fue de una esquina a otra, de repente mira y ve todo verde; se empezaron a acercar y sufre un ataque de pánico, terror de ser abusada. Casi sin respirar, con la mascarilla aun puesta para evitar la toxicidad del gas, logra divisar a una muchacha de una *Brigada de Derechos Humanos*. Alcanzó a extender su mano y aunque no quería que nadie la tocara, la mujer logró tranquilizarla. Por fin pudo sentirse segura, saliendo no sabe cómo de ese espacio de pavor. Es que ella ve el color verde y le da náuseas, ira, pero el miedo no la obligará a quedarse callada.

También fueron Carabineros de Fuerzas Especiales los que dispararon directamente, y a corta distancia, a la cabeza de Vicente Muñoz, estudiante de teatro de la Universidad de Chile de 19 años, demoliéndole un ojo. Fue en la Plaza Dignidad, pero él es de Valparaíso, de cerro y mar, de playa en verano. No viví el golpe de Estado, pero este golpe me dio vuelta la cara, relata. Se alcanzó a cubrir algo, no sabe cómo porque no vio nada, si no pierde los dos ojos. Dice que sintió mucho dolor, como una mano de metal caliente que se te mete en los ojos y te los arranca. Corrí, corrí mucho rato, gritando, hasta que paré en un árbol. Llegó gente de la *Brigada de Primeros Auxilios* a ayudarme. Sentía sangre en la boca, la cara. Los pacos nos dispararon lacrimógenas mientras me trataban de curar algo, un poco, rubrica. Otro joven, otra mirada a medias, otra vida cercenada. Aun así Vicente es resuelto en sostener que salía porque si bien es cierto que el miedo siempre está presente y el gobierno trabaja con eso, él sentía la necesidad de salir

a proteger a la gente. Esto va más allá de la política o las ideologías —expresa de modo increíblemente sereno— pero tengo muy claro que hace mucho que se extinguió la idea de democracia como poder del pueblo, sino que lo que existe es poder sobre el pueblo. Y sobre el pueblo cayeron los infantes de marina cuando en la noche del Estallido en Valparaíso se decretó el Estado de Excepción en la Guerra contra el enemigo interno decretada por el gobierno de Sebastián Piñera. Una nueva generación de soldados re-actuando el golpe cívico-militar. Una nueva generación de chilenos siendo objeto de la misma crueldad. Chile había despertado, pero también despertaron a los milicos que son parte de Chile, del otro Chile, del Chile de los ricos. Algo así dice acezando un joven moreno, bajo y muy delgado. Está sentado en una vereda en la esquina de la calle Carrera, recobrando el aliento. Solo un momento, porque vamos a seguir resistiendo hasta el final, no le tenemos miedo a la yuta, apunta exaltado. En esa misma esquina, entre las calles Yungay y Carrera, tratando de reorganizar a las Juventudes Comunistas en la clandestinidad, una tarde después del golpe un joven Mauricio Redolés —gran cantautor y poeta— no se sabe cómo, saltó o se espinó lo más alto posible y escribió José Miguel en el letrero de la calle y, bajo éste, Manuel Rodríguez. Un acto de resistencia, quizás pequeño, breve, testimonial, simbólico, pero potente cuando la ciudad estaba ocupada por las Fuerzas Armadas. Otro compañero sintió miedo. Lo miró diciéndolo: weón ¡No!, vámonos. Él sonrió. Se fueron en dirección desconocida. Décadas después, el joven moreno se marchó furibundo. Lo que no tenían en armamento lo tenían en coraje, esa valentía que el carabinero jamás tendrá ni tampoco podrá entender. ¿Puede caber en su cerebro que alguien luche por sus ideales, que exponga la vida por otros? No, enfundados y bien protegidos en sus corazas no pueden. En numerosas ocasiones uno se pregunta ¿Cómo sería trepanar un cerebro policial, abrirlo de par en par y examinarlo. ¿Qué hallazgos extraordinarios para la ciencia habría? Por supuesto que la referencia no es a lobotomías, no se trata de extirpar las conexiones nerviosas vitales. Para nada, sólo pesquisar alguna explicación plausible para lo que sucede bajo esos cascos de guerra. Sin duda, a pesar de ellos y los escudos faciales, las cámaras GoPro y quién sabe cuánto más llevan en sus cabezas, las 86 mil neuronas que tenemos los humanos incontrovertiblemente funcionan,

comunicándose con otras células transmitiendo información. El problema, y de ahí la curiosidad, es ¿Qué tipo de información se desplaza mediante esas señales eléctricas o químicas ¿Cómo comunica el sistema nervioso de los carabineros los mensajes de una parte a otra? Indudablemente existen células sensoriales que responden a estímulos externos y se transmiten al centro nervioso para la interpretación del mensaje. Pero pareciera que esos impulsos nerviosos y la correspondiente respuesta y acción vinieran preprogramadas para una formación fascista. Están ideológicamente entrenados para reprimir, por eso todos los cursos de derechos humanos que tienen durante su entrenamiento no sirven para nada. Tampoco los llamados protocolos. Pero, es evidente que responden a una clase política y económica dominante, no actúan solos.

Los blancos duermen mucho, pero sólo sueñan consigo mismos contó en su india palabra el sabio dirigente yanomami Davi Kopenawa. Acá los carabineros duermen mucho y quizás sólo sueñan con ellos mismos reprimiendo chilenos o mapuche. Es imposible saberlo. Pueden ser sueños espesos, oscuros, profundos por ello no escuchan, no ven, no sienten. Nada, tan sólo mueven levemente los párpados esperando el momento de despertar tal vez –nunca se podrá saber tampoco– ¿Para disparar y mutilar. O lanzar niños a un río como se hacía en dictadura el siglo pasado? ¿Serán todos iguales? No sabemos lo que sueñan pero sí que el carabinero Sebastián Zamora Soto arrojó sin vacilar un instante al joven Anthony Araya al río Mapocho desde el Puente Pio Nono en Santiago. Anthony no llevaba armas. Kopenawa también era apenas un niño cuando vio a un blanco por primera vez, aterrándolo su “espantosa blancura y fealdad” ¿Cuántos niños y niñas mapuche y chilenos sienten lo mismo cuando se encuentran por primera vez con un policía. O segunda y tercera vez. O siempre? Porque lo acaecido con Anthony no es ni una casualidad ni una excepción en el comportamiento policial, por el contrario, es una constante en dicha institución. La violación sistemática de los derechos humanos es parte de la historia social de Chile y de Carabineros.

El Cuerpo de Carabineros de Chile fue fundado en 1927 y sólo siete años después un piquete ingresó a la sede de la Federación Obrero Campesina de Chile (FOCH) donde se reunían trabajadores municipales en huelga, asesinando a 5 de ellos e hiriendo al menos a 20 más. En la calle San Francisco en Santiago fue, no tan lejos del puente Pío Nono. El mismo año 1934, en el Alto Biobío, pleno territorio mapuche, entre junio y julio masacraron a alrededor de 500 campesinos chilenos y mapuche que luchaban por tierra. Muchos fueron ejecutados y desaparecidos en la cordillera. La matanza de Ranquil es el preludio del vuelo del terror de Anthony quien desconocemos qué puede haber pensado cuando caía por los aires. Era una caída del cielo, aquel nublado también por meses en Valparaíso por bombas lacrimógenas. Es que la represión en Valparaíso fue singularmente visible por ser una ciudad relativamente pequeña en su centro comercial, financiero, turístico, el cual se concentra en el Plan de la urbe. Se verificó un alto grado de destrucción de locales comerciales y de infraestructura pública dejando a bandas organizadas delinquir, saquear y quemar locales mientras la policía no hacía absolutamente nada para impedirlo. El objetivo era culpabilizar al gobierno local, fundamentalmente al alcalde Jorge Sharp, por su supuesta incapacidad de garantizar la seguridad y el Orden público en la ciudad. No obstante, esto corresponde a la Gobernación y a la Intendencia de la ciudad, pero no implica la represión violenta y sistemática de las movilizaciones. No conlleva la violación de los derechos humanos de los porteños. La Alcaldía interpuso un recurso de protección ante la Corte de Apelaciones de Valparaíso para que Carabineros cesará de usar balines contra los manifestantes. Recurso que fue acogido por la Corte que prohibió el uso de estos. El intendente Jorge Martínez pidió en reiteradas ocasiones retirar dicha prohibición. El Alcalde Jorge Sharp solo estaba tratando de evitar más violaciones a los derechos humanos, por ende, había sin duda una utilización política por parte de la Intendencia para poner a los comerciantes y parte de la ciudad contra el municipio y las legítimas protestas. El gobernador Gonzalo Le Dantec llamó irracionales a los que se manifestaban porque destruían la ciudad. Su padre, Enrique Le Dantec, fue fiscal naval inmediatamente después del golpe de Estado. Operaba en la Academia de Guerra, principal centro de detención y tortura de la Armada en la región.

Además, en el edificio de la ex Intendencia donde se realizaban interrogatorios, así como los consejos de guerra de los cuales él era parte fundamental. Su abuelo, Francisco Le Dantec fue director por un extenso período del diario El Mercurio de Valparaíso, periódico que fue clave en el derrocamiento de la Unidad Popular y, con posterioridad al golpe, en la defensa de la dictadura y en el ocultamiento de las violaciones a los derechos humanos. Es innegablemente una familia con historia ligada al poder local.

Una tarde calurosa de verano cuando las movilizaciones habían disminuido en casi todo el país, en la esquina de la calle Huito con Condell al pie del cerro Bellavista, se escuchaban ruidos que se tornaban más nítidos en la medida en que la gente se aproximaba. En la vereda del frente había dos piquetes de carabineros, algunos con escopetas, y dos furgones. En la acera sur la tienda Family Shop estaba siendo saqueada por un grupo de alrededor de seis personas a su vista y paciencia. Otro grupo de saqueadores cuidaba toda la maniobra, miraban fijamente, al igual que la policía, lo que sucedía en la Plaza Victoria, a 100 metros de distancia. Ahí se desarrollaba una protesta con un centenar de jóvenes que se enfrentaba a Carabineros. Inauditamente, el piquete comienza a disparar lacrimógenas hacia donde estaba mucha otra gente que transitaba por el lugar. Asimismo, arremete disparando y con un furgón avanzando en dirección hacia la plaza. El saqueo siguió imperturbable. Cuando todo terminó quedaron como testigos de ese episodio las cortinas metálicas abiertas de la tienda casi vacía y, en la calle, docenas de colgadores tirados. ¿Era esa la destrucción a la que se refería el gobernador? Carabineros se había ido, el gas de las lacrimógenas perduraría en el aire una vez más por días para confundirse con el ácido del día siguiente y así sucesivamente. Nada importaban los habitantes de Valparaíso, tanto es así que en un gesto de extrema provocación luego de una jornada de represión los carabineros marcharon por la avenida Pedro Montt entonando el Himno institucional. Fue una demostración propia de un ejército de ocupación que desplegaba sus fuerzas, sus símbolos, sus armas. El Fascismo en su peor expresión, lo cual fue apoyado por el gobernador y el intendente quienes encontraron muy natural que la institución cantara su himno.

Así lo expresaron textualmente. Carabineros atacó, también “naturalmente”, a los vecinos de la calle Atahualpa, en el cerro Miraflores, golpeándolos y arrojando bombas lacrimógenas al interior de sus casas. Y a los vecinos del cerro Cordillera cuando una noche los carabineros de la Tenencia Cordillera lanzaron lacrimógenas a las casas del sector impunemente sin ninguna consideración por adultos mayores o niños. Aparentemente tanto para el gobernador Le Dantec como para el intendente Martínez esto es tan normal como entonar el Himno de la Institución.

O infiltrar las marchas, sin tararear el Himno, por supuesto. A veces son obvios y burdos, otras no. En una oportunidad en las inmediaciones del rodoviario, por la calle Chacabuco, desde un rincón de la calle 12 de Febrero, enrejada por ambos extremos, un joven encapuchado vestido con jeans, polera y zapatillas, charla brevemente con carabineros apostados al costado de dos guanacos. Luego da la vuelta y se va. Un infiltrado, uno de tantos que proliferan en las marchas, identificando a los que suponen líderes de las protestas o participando ellos activamente en acciones violentas provocando a la policía –sus pares– para justificar la represión. Esto ha sido plasmado en múltiples fotografías y videos, además de testimonios de centenares de personas. Como en este caso donde era tan notorio que parecía irrisorio si no fuera por el papel nefasto que desempeñan. Enfiló hacia la Avenida Argentina doblando hacia el mar para llegar por detrás de los pacos porque allá, en el nudo Barón, se producía el mayor enfrentamiento o el único a esas alturas en realidad. Fue nada más un tris, porque de pronto por el frente pasó velozmente un zorrillo en la misma dirección. En la esquina de la Avenida Argentina con Pedro Montt estaba repleto de pacos, furgones y zorrillos. No había manifestantes, solo transeúntes, gente mirando lo que pasaba. Esperando algo, cualquier cosa. Y esa cualquier cosa sucedió cuando el zorrillo, antes de llegar a Barón, gira y retorna más rápido aún hacia el congreso, frena de golpe y se bajan cuatro pacos, una de ellas mujer, todos boqueando, ahogados, asfixiados con gas lacrimógeno. Mientras desesperados trataban de respirar la gente se reía. Se lo merecen, decían. Nada de compasión. El vendedor de helados era el que más se reía, está bien que les pase, ahora saben que se siente. Ahora saben, repetía

enojado. Alguien estuvo a punto de comprarle un helado, además eran helados York. Puro puerto, pero se abstuvo, por precaución, no por los helados, sino que de la reacción de carabineros ante la risa de los porteños y porteñas que se burlaban de ellos. Por lo demás habían perdido su bandera y eso les debe haber dolido. Mucho.

rebelión EN valparaíso



El café vacío y las calles llenas del Puerto

Parado en la puerta del café vacío, la cortina a medio cerrar, rogando que entrara algún cliente le saludó amable como siempre el administrador del local. Una de las meseras, sonriente y amable, al igual que el joven impecablemente vestido de negro que tantas veces solícito llevó el café a la mesa, le hacían compañía. El ambiente afuera denso, pero ellos estaban ahí porque el dueño los obligaba a captar clientes. Oscar se detuvo a conversar un rato. Mira aquí apoyamos al movimiento, si finalmente todos tenemos los mismos problemas, pero acá no entra nadie hace semanas. No sabemos qué hacer, indica angustiado. Cada cierto tiempo miraba por sobre su hombro asegurándose que el dueño no escuchara lo que decía. Tiene otros negocios y el jamás pierde plata pero quiere que despida al personal. Son gente joven, tienen hijos, pagan arriendo y viven de las propinas porque les paga el sueldo mínimo. No sé qué hacer, susurra apesadumbrado. Quiero que esto se acabe para que vuelva la gente, pero por otra parte quiero que no se termine nunca hasta que cambie este país de mierda. Hasta que la dignidad se haga costumbre, pensó decir Oscar, pero no le salió palabra alguna, ni siquiera un bisbiseo. Supongo que le pareció ridículo o quizás sintió vergüenza de enunciar una consigna que en ese momento repiquetearía vacía en los oídos de aquel hombre que requería certezas y no meras palabras. Solo atinó a decir que entraría a tomarse un café. Además pidió dos medialunas, en una especie de gesto solidario, no con el dueño, sino que con la mesera, pues alguna vez le había contado que era separada y que tenía dos hijos pequeños. Con el mesero impecable que se pagaba la universidad con dos trabajos. Y con el administrador, casado y tres hijos. Pero ni todos los cafés o medialunas del mundo alcanzaban para ahogar la rabia de ese momento. Era un acto inútil, lo sabía. Al final fue peor, porque conjeturaba que la única persona que le escrutaba impávida desde otra mesa, posiblemente pensaba que lo hacía exclusivamente para sentirse mejor. Un gesto egoísta, una oración al viento, una confesión culposa por el crimen de protestar.

Pero ¿Por qué? El delito era no despertar, seguir dormidos en aquella especie de catalepsia social y política. Esa terrible enfermedad cuando el cuerpo se inmoviliza completamente. Se paraliza, sin embargo escuchas, ves. Porque aún estás vivo. Gritas, pero nadie te oye. Ahora sí te escuchan por fin. Por eso no es un crimen despertar repentinamente de una pesadilla. Es un alivio, una alegría. Es la furia de un pueblo en ebullición, aunque en rigor jamás estuvo dormido, porque no todo comenzó el 18 de octubre. No. Fue una explosión, una bola de fuego que hizo trizas el cielo haciendo llover llamas. Sin duda, nadie podrá nunca negarlo, que ningún sociólogo o historiador se atreva siquiera a esbozar la posibilidad de que no fue un hecho germinal, un Estallido como pocas veces se han visto en este país. Pero le precedieron una miríada de otras manifestaciones de descontento popular en las décadas post dictadura, y no únicamente a las que ocurrieron más recientemente y que le son más conocidas a la gente –el movimiento de los pingüinos en 2006, el estudiantil en 2011 o el feminista ulteriormente– sino que a otros cuya relevancia es también significativa, aunque a menudo ignoradas u ocultadas. Entre otras, “El Puertazo”, un movimiento transversal cuando Valparaíso se puso de pie, diciendo ¡Basta! a la indiferencia del gobierno ante la pobreza y las promesas incumplidas y, particularmente, a la privatización del Puerto y el inminente despido de miles de trabajadores. La CUT Provincial, la Coordinadora Marítimo-Portuaria, Organizaciones Pesqueras, Entidades Estudiantiles Universitarias, Empresarios por Valparaíso, Organizaciones Poblacionales, de Pensionados y del Transporte Terrestre se concertaron para organizar y convocar al “Puertazo”. La ciudad se paralizó completamente, se llenó de banderas negras y movilizó a más de 10 mil personas que marcharon pacíficamente por las calles del puerto hasta la Plaza del Pueblo, a un costado del Parque Italia, donde se leyó el Manifiesto por Valparaíso. Lo valioso es que logró el apoyo de universitarios, comerciantes ambulantes, feriantes, artesanos, trabajadores, pescadores artesanales, desempleados y cesantes, profesores, carteros, colectiveros, empleados públicos, el comercio establecido, la cámara aduanera, pobladores, jubilados, lancheros, marítimos y portuarios. Y en la noche hubo un caceroleo masivo igual que ahora. *Todo por Valparaíso, todos por Valparaíso* era la consigna. Eso fue el 14 de julio de

1999, por eso no todo empezó el 18. Tal vez no fue un Estallido nacional, pero para los porteños fue su propio despertar, un golpe al modelo neoliberal. ¿Cuánto duró? No mucho, la verdad, José Miguel Insulza, quien fuera ministro del gobierno de Eduardo Frei viajó especialmente a negociar con dirigentes portuarios que poco obtuvieron. Se privatizó el Puerto, se despidieron trabajadores que a cambio recibieron bonos y promesas de conversión laboral ¿Suena conocido?

Fue un movimiento que dejó luego de moverse, meditó callado Oscar mientras degustaba el segundo café. No supo si el hombre de la otra mesa ya había partido o seguía ahí cuando recordó que fue el mismo Insulza quien se esforzó por traer a Pinochet desde Londres cuando éste se encontraba detenido en la capital inglesa. Pero le asiste la certeza que si Insulza se mira al espejo este se quiebra de vergüenza. El espejo, claro, porque Insulza sigue en política, como casi todos los políticos, con el corazón escarchado. Con una frialdad impresionante fueron capaces en el gobierno de la Concertación de traicionar a miles de sus compañeros, chilenos y mapuche desaparecidos y asesinados para traer al dictador de regreso a Chile por “razones humanitarias”. Transaron la verdad y la justicia con los militares. el Poder por la impunidad; el Poder a cambio de mantener el modelo neoliberal y el sistema capitalista. El Poder a cambio de preservar la Constitución. El Poder a cambio de que Pinochet se convirtiera en senador vitalicio. Todo lo aceptaron. Y es verdad entonces que son 30 años, y también que cuando el dictador llegó a Valpo la mañana del 11 de marzo de 1998 a asumir su cargo de senador de por vida, lo estaban esperando miles de porteños y gente venida de todos los rincones para repudiarlo a él y a la clase política que con él habían negociado. Nunca nadie se podía imaginar ese día, cuando se aprestaban a salir de sus casas temprano en la mañana hacia la protesta, que dos décadas después vivirían algo similar. Valparaíso fue tomado por el pueblo por horas y la policía no fue capaz de controlar a la masa enardecida, igual que durante la Rebelión del Puerto.

Pareciera que a veces la historia se repitiera sin que uno se dé cuenta, pero también da giros increíbles como el Estallido actual que por mucho que digan que

todos sabían que iba a suceder, la verdad es que nadie lo previó. Menos aun Clemente Pérez el ex gerente del Metro de Santiago quien pronunció la célebre frase “cabros, esto no prendió”. Pero también estuvieron antes los movimientos de los subcontratistas del cobre, de los trabajadores forestales, de Chiloé, de Aysén, de los mineros de Lota mucho antes. Por supuesto también, y permanentemente, el movimiento mapuche. Aun así, nadie, ni hoy, ni mañana cuando los arqueólogos encuentren rayados, trozos de pancartas, volantes, ollas, capuchas, restos de lacrimógenas, los huesitos del gran negro matapacos o lo que sea, podrán ignorar que octubre ha sido un momento histórico en la historia social de Chile. Hebra de otros movimientos, depositario de estos, claro, pero un sismo en sí mismo, un movimiento telúrico de proporciones, de esos que revolotean por el alma, incluso más que el Wanderers. De hecho, incontables veces Oscar se juntó con sus amigos a conversar y a disfrutar o lamentarse del último partido del equipo. Generalmente eran puteadas por los errores cometidos ¿Cómo perder la pelota así por la cresta si teníamos el partido ganado? Es que para ser wanderino hay que saber sufrir. Se ganan los partidos más difíciles y se pierden los más fáciles. Se es campeón cada 30 años, o sea dos veces en la vida más menos. Antes de la suspensión del campeonato fueron al estadio y cantaron con todo el público: *Piñera conchetumadre, asesino igual que Pinochet*. Fue hermoso. Igual perdieron. Al día siguiente en un encuentro en ese mismo café uno de los compañeros aseguró que el negro matapacos era porteño. Tengo evidencia, dijo. Le retrucaron que, aun no siendo expertos en animales, algo conocían de historia y sabían que el negro matapacos surgió en la época de las protestas estudiantiles en Santiago. No, dijo vehemente, es porteño, tengo pruebas. Nunca se enteraron que fundamentos tenía, pero sí les consta que existen muchos quiltros porteños igualitos al matapacos original –pañuelo rojo incluido– acompañando las marchas, defendiendo a los manifestantes o atacando a los pacos. Eso es verdad. De ahí a que sea porteño, porteño, bueno eso es otro cuento.

Pero con Wanderers se llega hasta el fin del mundo, no hay otra opción, así que cuando el Club convocó a una Marcha Familiar como parte de la Marcha Más

Grande de la Quinta, el pueblo wanderino bajó en masa al Plan para pintar de verde las calles del puerto. Desde la Plaza Sotomayor partieron las miles de mujeres, hombres, adultos mayores, jóvenes, niños y barristas de todos los cerros que llenaron de banderas la ciudad. Bombos, platillos, trompetas, cajas, trombones, saxos, cánticos, sonando ininterrumpidamente hasta llegar al congreso, mientras gente de diferentes ciudades de la región marchaban desde Viña a Valparaíso por la Avenida España. Más de 100 mil personas en un océano abigarrado que casi no cabían en la principal arteria que une a ambas ciudades. Pacífica, alegre, tranquila, hasta llegar a Barón donde, como es habitual, Carabineros comienza a reprimir la marcha con bombas lacrimógenas y guanacos. Había muchas familias con niños que comenzaron a ahogarse y desesperarse con los gases químicos puesto que en ese lugar, que es una bajada para tránsito vehicular, una vía elevada, no es posible escapar hacia adelante porque te encuentras de frente con la policía, y hacia atrás tienes la dificultad de correr en subida. Por eso para Nelson siempre hay que estar adelante, defender la marcha, devolver las lacrimógenas, enfrentar a los pacos. Es una gran responsabilidad y eso mismo le da valor, por eso no tiene miedo aunque lo han herido dos veces. Una vez en el codo, la segunda vez fue más complicado, los pacos se empezaron a acercar y la gente a retroceder, se escondió detrás de un árbol, los tiros le rozaban. Estaba a cinco metros de ellos, sintió que los tiros le llegaron a las piernas, pero no quiso revisarse, porque ya sabía que habían matado gente y le daba temor mirar. Fue en la pantorrilla, tenía mucha sangre y no podía caminar, le quemaba la piel. Esa es la peor sensación, el querer hacer algo sin poder, y al mismo tiempo tratar de alejarse, porque estaba herido y le podían detener fácilmente. Por lo demás, la desventaja en relación a la policía y los militares es absoluta y esto obviamente impacta a la gente, tanto a los más avezados como a los que nunca habían salido antes a manifestarse, la mayoría. Un día de Paro Nacional fue particularmente duro para Paulina cuando se halló frente a frente con tres personas empapadas en sangre: en sus ojos, cabeza, estómago. Estaba muy nerviosa, pues nunca había visto algo así. También había numerosos jóvenes hospitalizados. Tenía susto, no de los pacos, sino que de la situación, no podía pasarles eso, tenían que cuidarse más. De hecho, una señora atendió a uno

de los muchachos que estaba mal herido y comenzó a encarar a los pacos y uno de ellos le tiró gas pimienta a la cara. Mismo ataque le sucedió a Carmen tiempo después cuando un carabinero usando un spray con gas pimienta le roció el gas a no más de un metro de distancia encegueciéndola totalmente. Fue tal el ardor y el dolor que la trasladaron al hospital donde realmente no pudieron hacer nada. Se le inflamaron los ojos, casi no veía, persistió el dolor por días, al igual que el ardor. Fue insufrible, evocó varias veces en otras tantas marchas a las cuales siguió yendo. Por eso Paulina piensa que ni las antiparras a veces son suficientes, la lucha confrontacional directa es difícil, pero es algo instalado hasta en los niños. En una ocasión había un grupo de niños celebrando un cumpleaños en el Centro Cultural de la ex Cárcel y el aire se empezó a llenar de gas lacrimógeno, a pesar que el Centro se encuentra en altura, en un cerro. Los niños y las mamás corrieron. Los niños inmediatamente se ponen pañuelos para cubrirse la boca. Paulina pregunta por qué hacen eso. Le contestan: Es que ahora va a ser así siempre y hay que estar preparados. Fue fuerte comprobar eso, pero es parte de la realidad.

Como lo es también que vecinos que nunca salieron antes, o que ni siquiera se conocían, ahora lo hicieron. Se movilizaron y salieron a parar vehículos, cortar la calle o prender fuego. No fue en el Plan, sino que muy arriba en el cerro Playa Ancha enfatiza Carlos. Levantaron barricadas en Toque de Queda. Se lo pasearon con alegría, pacíficamente, con pasacalles, conociéndose en medio de la desigualdad, el descontento, la vida indigna. Carlos mantiene, serio y complacido, la aspiración a una vida mejor se ve en todos los territorios, porque el pueblo está madurando políticamente, pensando las cosas. Por su parte, Nelson cree que los jóvenes deben tomar la vanguardia o al menos desempeñar un rol crucial en la construcción de un nuevo país. Para Carlos el descontento, venía gestándose desde antes, así como el trabajo organizativo de base, pero claramente el Estallido fue una sorpresa y uno no podía restarse, menos ahora cuando aquella gente que antes solamente criticaba pero no hacía nada ahora está saliendo a la calle. Esto no es revolución pero quizás se puedan sentar bases para que empiece a pasar algo mayor con movilizaciones en las calles y grandes asambleas territoriales. Pase

lo que pase, aquí se ha demostrado que en Valparaíso hay capacidad de lucha. Antes era peligrosa la calle, pero ahora se ha validado la barricada y la *Primera Línea*. Por eso dice, se armaron casi naturalmente, ahí en la calle, grupos de honderos para enfrentar a los pacos en su propio terreno en Uruguay al lado del congreso o cerca de la Avenida Argentina, del poder y sus estructuras. Carlos y su grupo atacaban y se replegaban, así muchas veces estuvieron en control. Como había bastante espontaneidad en la *Primera Línea* los pacos no sabían qué hacer. Trataban de infiltrarlos y, también, había algunos que sólo querían saquear y no se sabía de dónde provenían. Eran infiltrados, además siempre hubo heridos con perdigones, balines, bombas. La represión no es nueva en Valpo, acá estuvo a cargo de Fuerzas Especiales el entonces capitán Claudio Crespo durante las manifestaciones estudiantiles de 2011, el mismo oficial que disparó y le quitó los ojos a Gustavo Gatica en Santiago. Fue conocido por torturar a quienes tuvieron la mala fortuna de caer entre sus manos. No sabemos cómo terminará el movimiento, lo que no cabe duda es que quedará la organización, concluye Carlos.

Las que no han terminado son las marchas contra el patriarcado y, también específicamente dirigida a una institución como Carabineros de Chile que supuestamente deben protegerte y de la cual hoy los chilenos y chilenas deben ellos mismos protegerse. Una tarde el Colectivo LasTesis se reunió en las escalinatas de la Corte de Apelaciones de Valparaíso para gritar fuerte y claro: ¡El violador eres tú! Centenares de mujeres, la inmensa mayoría jóvenes usando pañuelos verdes o lilas al cuello, entonaron la canción. Luego descendieron la corta lomita dirigiéndose al cercano edificio de la Primera Zona Naval. Cantaron con fuerza ante la guardia de marinos apostados ahí. "...Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía. Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía. El violador eres tú, el violador eres tú. Son los pacos, los jueces, el Estado, el presidente, el Estado opresor es un macho violador..." Seguidamente el desplazamiento fue en dirección hacia la infame Segunda Comisaría de Carabineros. Se instalaron todas frente al cuartel que se encontraba con una guardia reforzada de carabineros y carabineras, para gritarles en su cara por horas la misma canción que incluye la estrofa del Himno

institucional de la policía: “Duerme tranquila niña inocente, sin preocuparte del bandolero, que por tus sueños dulce y sonriente vela tu amante carabinero”. Inclusión sarcástica, por supuesto, seguida inmediatamente por la estrofa: El violador eres tú, el violador eres tú, el violador eres tú, el violador eres tú. ¿Qué sentiría una de las carabineras resguardando la comisaría, le importará algo lo que dicen otras jóvenes como ella? ¿Puede alguien estar tan distante de lo que sucede a su alrededor? No se movió, simplemente miraba fijamente a un punto indeterminado.

Es la maldita historia que parece tornar para envolvernos con un manto de incertidumbres: es el terrorismo de Estado, la clase dominante que recurre a la violencia cuando tiene que hacerlo. Los milicos en las calles, los pacos reprimiendo, los civiles no identificados que se infiltran en todas partes para delatar a cualquiera. Toda la tecnología –drones, cámaras GoPro y de vigilancia, helicópteros– a disposición del gobierno y las autoridades para después negarlo todo. La historia repetida dice un compañero, pero ya no podemos ser *Primera Línea* hermano, a lo más novena o décima...y con un tubo de oxígeno por si acaso, se ríen a carcajadas dos personas mayores quienes, precisamente, habían combatido a la dictadura. Después recapacitando reflexioné, cuenta Roberto –un ingeniero cesante– ¡A la mierda! Nada de andar atrás ni con tubos de ningún tipo, siempre pa’ delante. No recuerda si se lo dijo a su amigo, solo sabe que nunca lo mojé el guanaco, aunque gaseado fue en numerosas ocasiones, más de lo que hubiese deseado, en realidad. Porque Roberto también estuvo ahí, aunque no todos los días. Pero, confiesa que no fue fácil, a esta edad nada es fácil. Al contrario, era cansador, muy agotador, de manera que algunas veces se quedó en casa elaborando alguna excusa para su amigo y para sí mismo. Una mañana, Roberto fue a una marcha y tuvieron que arrancar hacia un cerro, el cerro El Litre. Los cabros corriendo, los pacos detrás. De repente, un tirón en el muslo, en la parte de atrás. Quedó como congelado del dolor, terrible dolor. No podía correr más. Casi solo, salvo por los carabineros, un zorrillo y el bus de pacos que estaban cada vez más cerca, pensó que debería haberle hecho caso a su amigo y haber traído el tubo de oxígeno.

Para su suerte a Roberto no le sucedió nada, lo salvaron sus 60 años; los pacos pasaron de largo y él terminó irritado por haber sido ignorado y, claro, por el tirón en el muslo que culminó en una farmacia, en la compra de antiinflamatorios y relajantes musculares que le proporcionó un vendedor conocido, porque estos requieren receta. Fue lo peor que experimentó, además de los gases, que a medida que transcurrían los días, contenían más químicos que obligaban a los que eran alcanzados por estos a quitarse la ropa en medio del ahogo. Los químicos penetraban cualquier vestimenta adhiriéndose a la piel, amén de hacer prácticamente imposible respirar. Lacrimógenas, perdigones, balines, las golpizas, heridos, pero también los escudos, las barricadas, las piedras, las botellas con leche magnesia o bicarbonato, los limones, las capuchas, las bandanas, las antiparras, las hondas, de aquellos jóvenes, hombres y mujeres, valientes como nadie. El ruido ensordecedor, la solidaridad, el apoyo de la gente que avisaba por dónde venían los piquetes, el guanaco, los zorrillos. Arriba de la Plaza de la Resistencia está el Paseo Atkinson, ahí se ubicaba gente, sobre todo en las noches a observar lo que acontecía abajo. Gritaban hacia la plaza advirtiendo a los manifestantes por dónde venían los pacos o los vehículos. O bien, utilizando punteros laser para cegar a los carabineros. No se escuchaba nada abajo por la distancia pero lo relevante era el hecho, la solidaridad que despertaba el movimiento. A esa plaza, al pie de los cerros Cárcel y los cerros Alegre, en la Plaza de la Resistencia, donde era habitual que ocurrieran enfrentamientos, se dirigieron una noche Roberto y su amigo. Cruzaron desde la calle Melgarejo, un corto pasaje ubicado a un costado de la Intendencia regional, el lugar donde más viento hay en Valparaíso y en algunas oportunidades es casi imposible caminar. A la izquierda, detrás de las vallas papales, se hallaban parapetados, como siempre, los efectivos policiales. Nada hicieron o dijeron. Siguieron andando derecho, pasaron rápidamente sin mirar la fuente de Neptuno; atravesaron la calle y se detuvieron un rato detrás de un kiosko de diarios observando la situación. La barricada ardía, alrededor de 100 jóvenes gritaban consignas y lanzaban piedras en medio del humo de las lacrimógenas. Roberto no sabía si reír o no cuando su amigo le dice en voz baja: si llegan los pacos les decimos que vamos a comprar completos. Subiendo el

cerro efectivamente venden completos ¡Y muy buenos! Pero ¿Quién le iba a creer? Llegaron a la barricada, se ubicaron tras esta, tomaron varias piedras y esperaron. Y esperaron, y esperaron. Desde lejos dispararon varias veces, pero jamás se acercaron, tampoco se asomaron guanacos o zorrillos. Fueron casi 2 horas. Finalmente se fueron por arriba, por el cerro, por si acaso. Y compraron completos. Cuando estaban en la Plaza del Descanso, 200 metros al fondo de la recta, llegaron guanacos, zorrillos, un bus, y se lanzaron disparando de todo los carabineros de la Intendencia. No lo podían creer. Siguieron subiendo y se terminaron el completo.

Por otro lado, se daban situaciones tristes y contradictorias. Una tarde en la calle Rawson a un costado del rodoviario, se suscitaban enfrentamientos, una embestida de carabineros obliga a la *Primera Línea* a retroceder. Un vendedor de naranjas que estaba en las inmediaciones y que por alguna ignota razón todavía se mantenía ahí, tuvo que hacer lo mismo ahogado por los gases. Las naranjas rodaron por todas partes. Los jóvenes doblaron por Chacabuco hacia Uruguay. El lugar estaba atestado de vendedores ambulantes, varios comenzaron a reclamar por los gases y contra los manifestantes. Una señora golpeó con un palo a una joven encapuchada. Ella le replica: ¡Pero señora si estamos luchando por todos ustedes también! La señora le grita que no le interesa, o algo de ese tenor. Otros manifestantes la defienden y más vendedores se involucran. Daniel, quien recién había salido del trabajo, junto a otra compañera, se ubican al lado del puesto de uno de estos vendedores que, parado sobre un cajón, despótica contra las protestas porque les perjudica el negocio. Le dice que reclame contra los pacos que son ellos los que tiran las lacrimógenas, no nosotros. El vendedor se indigna aún más y le grita: No sabí con quien te estai metiendo. Tengo una pistola aquí, dice, apuntando al fondo de su puesto. Mientras tanto los ambulantes han sacado cuchillos y blanden palos enormes para golpear y perseguir a los jóvenes que hasta hace un rato luchaban por el bien de todos, incluidos ellos. Al menos así creían. Daniel le dice a la joven que se fueran, que nada conseguirían con quedarse ahí, que era imposible razonar en esas condiciones. No, no me voy, conozco a esta gente, a mí no me van a hacer nada. Son cobardes. Él pensó, bueno puede ser, ¡Pero a mí sí!

Eventualmente partieron y caminaron en dirección opuesta a Uruguay aunque mirando de tanto en tanto hacia atrás, por los carabineros, no por los vendedores ambulantes que, por lo demás, es eran muy conscientes que no son todos iguales. De hecho, Daniel le compra calcetines a tres por mil a un ambulante con quien siempre charla de todo, allá cerca de la pega. Está difícil en estos días le contó un par de semanas antes del incidente cerca del mercado Cardonal. La gente viene poco, está asustada más con los pacos que con las protestas. Nosotros bajamos igual porque tenemos que vender para comer, pero el gas es demasiado, tenemos que tomar la mercadería y correr todo el rato. No son los cabros el problema, son los pacos, dicen. Por tanto, sabe que no todos son iguales, su preocupación era la policía. Es que esos lares fueron permanentemente escenarios de enfrentamientos. Manuel lo sabe bien, ya que cuando tenían que salir de las cercanías del congreso corrían hacia calles cerca del mar y no hacia el cerro. Una de esas veces se instaló cerca de la bencinera a la altura de Brasil. Estaba con mi viejo –recuerda Manuel con una sonrisa, mezcla de orgullo y regocijo– quería mantenerse tranquilo un rato porque había muchas cámaras, pero su viejo empezó a hacer una barricada con un grupo de cabros. Como era espacio abierto tenían la facultad de ver los movimientos de la policía. Por Uruguay se podía visualizar hasta el cerro. Se veían las motos, la infantería, los carros. De súbito ve a un zorrillo que se acercaba lentamente. Le grita a su viejo y este a todos los demás, así que cuando el zorrillo aparece en Brasil ya estaba toda la masa esperándolo y lo hacen mierda. Ese fue un 1 a 0. Después nota que las motos se empiezan a mover; primero una y después las otras. No esperó a que se moviera la tercera y gritó a los cabros: ¡Moto, moto! Todos se movieron inmediatamente porque saben que los que andan en motos son unos de los más agresivos, los más violentos y peligrosos. Y aparecen 8 motos como locos, más guanacos y zorrillos. Se encuentran con la calle vacía. Ese fue el 2 a 0. De ahí se trasladan hacia la línea del tren –muchos no alcanzaron a arrancar a otra parte– algunos lo hicieron en dirección a Barón y otros hacia la Aduana. Un chico muy joven encuentra un hoyo en una pandereta y quiso cruzar hacia la línea. Manuel le dice que primero mire. El y su padre, por si acaso, siguen de largo pero un guardia les dice que no había salida y que además más allá estaban los marinos. Se

devuelven, percatándose que 5 jóvenes habían ingresado por el agujero y no habían regresado, suponiendo que habían arrancado. Se asoman y ven con asombro que el grupo de jóvenes está en medio de la línea del tren con los brazos en alto y las 8 motos de pacos en la calle esperándolos. Ese fue el 2 a 1. Con su viejo se miran sin decir nada, pero estaba claro que no iban a levantar los brazos. Yo –dice Manuel– personalmente pensé: aquí cagamos, ellos son más y los pocos cabros que hay ya están entregados. Veo a mi viejo que tiene un piedra en la mano y sabía que si hacia algo se nos iban a tirar e íbamos a ir a pérdida. Un desastre. Así que nada, recé sin creer en dios. Ahí escuchan que los pacos algo le dijeron a este grupo y cuando los pacos en vez de pegarte te dicen algo tú ya sabes que te salvaste. Al menos eso fue lo que interpretaron a la distancia. No se iban a acercarse a preguntar que habían dicho, solo pensaron ¡Este es nuestro momento! y corrieron por la línea del tren porque sabían que la estación Francia estaba relativamente cerca y podían salir por ahí. Manuel recuerda nítidamente esa tarde de mucho calor: Pa' salir había que pasar por un torniquete lo cual era simbólico y romántico, aunque los saltamos pa' salir y no pa' entrar. Me acuerdo que mi viejo me dijo: yo no voy a pagar esta weá. Y yo pensé: es innecesario decirlo. ¡Yo estaba corriendo por mi vida!. Así que les doy una recomendación: si quieren pasar rápido por un torniquete hay que saltarlo. Y luego se fueron caminando. Ese fue el 3 a 1.

Caminando despacio salió Oscar también del café vacío, pensando que alguna vez se llenaría de nuevo, como las calles del puerto sin que nadie se lo esperara. Así como Wanderers será campeón y ese será un gran Estallido verde.

rebelión EN valparaíso



¿Qué será de las abuelitas de la Plaza Victoria?

Caos había por doquier la noche en que Taku recorría en auto las calles tratando de ayudar de alguna manera en las movilizaciones. Por el retrovisor vio como la policía estaba disparando a un grupo de gente que venía arrancando. Cruzó el auto delante de ellos y les gritó que se pusieran detrás para que se protegieran. Cuando estuvieron seguros y pudieron arrancar, giró, aceleró y se perdió cerro arriba. Vio a una señora sola andando, intuyó que necesitaba algo; bajó la ventanilla y le preguntó. Estoy buscando pancito, contestó ella pero está todo cerrado. Era tarde y no faltaba mucho para el Toque de Queda. Le ofreció llevarla a su casa. Se lo agradeció. Vivo ahí no más, apuntó con su dedo índice. Pero no era ahí no más, era mucho más arriba en el cerro. Se fue todo el camino reclamando por la situación en la ciudad, por el desorden, la destrucción, la violencia. El no dijo nada, sólo pensaba ¡Qué lástima, es una mujer trabajadora, vive en un lugar pobre, al final todo esto es por ella también! Se mantuvo callado. Llegaron a su casa sin su pancito. Ya le había contado que buscó sin suerte un cajero para sacar 3 mil pesos que era lo único que tenía en su cuenta para comprar pan y algo para ponerle. Se bajó después de haberse quejado todo el trayecto e inesperadamente le dice: por eso voy a bajar mañana con mi hija pa' seguir marchando porque soy vendedora ambulante y esto tiene que cambiar. Taku le pasa dos mil pesos que tenía para ver si encontraba pan por ahí. Los recibió pero le exigió que anotara el número de celular de su hija para devolvérselos. Lo anotó, aunque evidentemente no la iba a llamar, pero estaba conmovido por esa mujer dispuesta a sacrificar todo por el bien común y devolverle la plata. Llegó a la casa y se puso a llorar. Es que la gente que nada tiene lo da todo y los que lo tienen todo, no dan nada. Así son los ricos ¿Cómo puede haber tanta maldad en este mundo? clama Taku taciturno, pero quizás esperanzado a la vez.

Es lo mismo que debe haber razonado el anciano que sin quererlo o darse cuenta se vio involucrado en una protesta en Pirámide, a un costado de la Subida Ecuador. Probablemente compraba fruta o verduras para el almuerzo en una de las

verdulerías del sector cuando éste se saturó de gases lacrimógenos. La maldad por un lado, y la solidaridad por el otro, ya que ante los gritos de la gente, inmediatamente un grupo de jóvenes de la *Primera Línea* se arrimó a él, sacando todo tipo de tablas y cartones de quién sabe dónde, lo cubrieron de pies a cabeza y lo escoltaron desde la verdulería hasta más arriba de los paraderos de colectivos. Alguien le llevó también su bolsita de tomates. Fue con una templanza increíble que contrastaba con la situación de peligro reinante. La gente corrió, se refugió en los negocios del sector para luego seguir con lo que estaban haciendo. Como tantos en la ciudad que durante semanas y meses encontraron un lugar –su lugar– para expresar su opinión, malestar, rabia, alegría. Todo era y es válido. Miles salían a la calle, otros se quedaban en sus casas o trabajos pero participaban caceroleando en las tardes o en las noches, transformando a la ciudad en una gigantesca orquesta. O denunciando en las redes sociales las atrocidades cometidas por Carabineros, PDI y militares por igual. Mientras algunas señoras vendían mascarillas a 100 pesos y otras a 200, armándose un verdadero mercado ambulante marginal al alero de las manifestaciones, el cual incluía banderas, pañoletas, bandanas, poleras, antiparras, hasta hondas de todo tipo. Las banderas mapuche costaban más que las chilenas, quizás porque los vendedores, versados en las leyes básicas de la oferta y la demanda, sabían que los jóvenes preferían la *wenufoye*, el emblema mapuche. Estas últimas flameaban irisando el cielo porteño en todas las marchas y actividades, sin falta. Un homenaje al pueblo mapuche y, sin duda, una manera de identificarse con su lucha y demandas, después de todo ellos han dado muestra de una inmensa dignidad. No les tuvieron miedo a los españoles ni tampoco al Estado chileno que, a través de su ejército, ocupó violentamente su territorio en el siglo XIX. El origen del actual conflicto chileno-mapuche radica en la usurpación del territorio mapuche por parte del Estado, de colonos, y luego de las empresas forestales. No podemos olvidarnos de los hispanos y del despojo que llevaron a cabo, pero es la clase dominante chilena la responsable del conflicto actual. Por eso es que los manifestantes repletan de banderas mapuche las calles de Valparaíso como una manera de reivindicar las demandas de ese pueblo y, concurrentemente, repudiar al Estado chileno por los

abusos cometidos. No es baladí que los jóvenes se identifiquen más con los mapuche y lo mapuche que con lo chileno o, para ser más exactos, con la simbología chilena que es nacionalista y extraordinariamente racista. Es una historia escrita por la elite y para la elite. A generaciones de chilenos les convencieron que los indígenas eran chilenos, sin embargo los pueblos originarios saben que ellos caminaban oteando los luceros mucho antes que estas tierras siquiera se nombraran Chile. Porque originarios eran. No llegaron de parte alguna, fueron el principio sin pedirle permiso a nadie porque no había a quien pedírselo pues todo era nada. Y la nada puede ser como un cristal de agua, tan suave que no se siente, no se escucha. Es la nada. Desde ahí despuntaron los pueblos originarios de Chile que no llegaron de parte alguna y que no eran de Chile. Sólo eran. Tampoco eran indios ni indígenas. Así les bautizaron los españoles cuando violaron con su esperma colonial a esta tierra que llamaron América cuando no era América, sino que Abya Yala. No, tenían cientos de nombres distintos, hermosos, únicos; originarios eran sus nombres. Pero los invasores se los arrebataron a la fuerza para uniformarlos, despojarlos de su identidad porque les fascinaba la riqueza del oro pero no la riqueza de la diferencia. Obliteremos la distinción, nombrémoslos a todos por igual, así no los vemos, no los escuchamos, no nos importan. La dominación se facilita cuando no tiene nombre propio. Los pueblos originarios de Chile, que no eran de Chile, tampoco existieron para los hispanos pues para los europeos la historia comenzó con su llegada.

El Estado chileno también los negó desde que surgió como Estado-nación, asimilándoles, chilenizándolos, aniquilándolos cultural o físicamente. Invadió militarmente el territorio mapuche en el siglo XIX, usurpo el 95% de sus tierras. A los Selk'nam se los regaló a los colonos para que los cazaran como animales. Hoy les siguen llamando los pueblos originarios de Chile: 10 son, dicen los libros. Pero los pueblos Originarios dicen que son originarios porque no vinieron de ninguna parte. No son de Chile, pues siempre estuvieron aquí, Y no se piensan ir, porque son el principio. Y están en Valparaíso y marcharon por Camilo Catrillanca, como tantas otras veces realizando sus rogativas en el canelo plantado en la Plaza

Victoria. El Estallido ha sellado a fuego el rostro de Camilo y del *kultrun* en los escudos de los *Primera Línea* o en los muros del Puerto, donde también habitan y luchan Diaguitas, Aymara, Quechua, entre otros, por ello es que las *whipala*, la bandera de los pueblos andinos flameaba también altanera y ufana casi desliziándose por el viento porteño en cada marcha. Del mismo modo que en carteles y gritos retumbaban las demandas por una Asamblea Constituyente Plurinacional, un recordatorio que en este país conviven muchas naciones. Por eso no deja de llamar la atención que en la Convocatoria al Primer Cabildo del Sector 5 de Valparaíso, que aglutina a los cerros Alegre, Concepción, Florida, Bellavista, Mariposas, Monjas, Yungay, San Juan de Dios, La Loma, Jiménez y Cárcel, no se les haya considerado en su calidad de pueblo-nación. Al arribar al Colegio Pedro Montt la gente debía inscribirse en diversas comisiones para debatir temas fundamentales levantados por el movimiento social y los cuales, por cierto, decían relación con demandas transcendentales en el área de la Salud, Educación, Medioambiente, Pensiones, Derechos Humanos, Vivienda, entre otros. No existió una comisión para Pueblos Originarios y Plurinacionalidad. Lo anterior no fue intencional por supuesto, mas refleja de alguna manera que todavía queda un largo sendero por recorrer para cambiar el prisma cultural que nos haga comprender que somos un territorio donde co-existen diversas naciones y que los chilenos somos tan sólo una de ellas. No fue hasta que una persona de los asistentes, cuando ya se realizaba el Encuentro, llamó la atención acerca de este punto que el Cabildo creó una comisión de Pueblos Originarios. Es más, dicha Comisión se autoconvocó posteriormente para transformarse en un Colectivo permanente para aprender y adquirir una mayor consciencia sobre la historia, la memoria de los pueblos originarios, sus conocimientos y cosmovisión. Sobre todo, conocer y difundir la idea y práctica del *Buen Vivir*, el *Sumak Kawsay* quechua o *Küme Mongen* mapuche. Es decir un mundo en equilibrio, donde todos son iguales: humanos, montañas, ríos, pájaros. Donde la reciprocidad, solidaridad, lo comunitario, es la forma de relacionarse. Ni el lucro ni la propiedad privada ni el individuo son el centro del universo, sino que la Vida. Ante el *Mal Vivir* neoliberal se erige la idea de un futuro de *Buen Vivir*.

El Cabildo fue una enorme movilización de vecinos y vecinas que se congregaron masivamente desde muy temprano en las afueras del emblemático colegio de la avenida Alemania para conversar acerca del país que deseaban construir. El territorio autoconvocado no cupo en la sala preparada para el evento y se tuvo que trasladar al patio. Ahí no estaban los partidos, sino que la gente común y corriente, aunque nunca se sabe muy bien que significa común y que quiere decir corriente. Es como si el resto de la gente: los políticos, los ricos, los grandes empresarios –quizás quién más– fueran extraordinarios. Sea como fuere, en aquel Cabildo cada uno se representaba a sí mismo y podía democráticamente expresar sus opiniones. Es otro espacio social, un modo distinto de hacer política, una forma importante de ejercer soberanía territorial y participación política. Es impresionante la cantidad de personas que llegaron, dijo sorprendido y contento Mario, vecino del cerro Alegre y docente universitario ¿Cuántos crees? Ni idea ¿500? Preguntaba a sus cercanos. Finalmente fueron alrededor de mil personas las que llegaron para escuchar a Jaime Bassa, el conocido abogado constitucionalista, quien habló sobre la Asamblea Constituyente, su significado, el proceso en su conjunto. En esa época, en pleno Estallido, ni siquiera se vislumbraba la imposición de una Convención Constitucional o Convención Mixta. Estos Cabildos y Asambleas Territoriales surgieron y se multiplicaron por todo Valparaíso, en una explosión ciudadana que le cambió en rostro a la ciudad. Mario miraba extasiado, con los ojos muy abiertos, como proseguía ingresando gente al Liceo, cuyos terrenos originalmente fueron ocupados por inmigrantes alemanes para practicar equitación. La atmosfera general era de alegría, excitación, la emoción de estar haciendo historia. La gente común y corriente reunida –esa que no se sabe lo que es– después de tanto tiempo había despertado, pero de verdad. La gente de a pie, le llaman algunos, y en Valparaíso no es fácil ser gente de a pie. Con tanto cerro, miles de escaleras, quebradas por todas partes, calles donde se le dice a los visitantes: ¡Bájela no más con confianza que todas le llevan al Plan! Pero no es verdad, son sin salida, o te llevan de vuelta al punto de partida o a cualquier parte. No se dice con mala intención, sino que Valpo es sencillamente así. Un enorme laberinto. Por eso es muy difícil ser gente de a pie. Salir a la calle y reunirse en Cabildos, Asambleas y Cordones Territoriales

también. Bueno, es otra manera de caminar advirtiendo el futuro, como desde el atalaya de un barco, no el Arca de Noé que, de haber existido, es imposible que haya cabido ahí tanta gente como en ese Cabildo del Sector 5 o en las calles de Valparaíso. No, únicamente pueden ser albergadas en un barco mucho más grande, monumental, puesto que cuando el pueblo se organiza tiene poder. Mario tenía mucha razón en estar asombrado y contento de ser uno de los marineros de esa barca gigante. Después con Roberto, el de los completos, quien también fue docente en la carrera de ingeniería, pero de otras universidades y bastante mayor que Mario, se vieron algunas veces en las marchas, después que se había firmado el Acuerdo por la Paz. Estaba más serio, pesadoso. Daba la impresión que se sentía incómodo en su barco, que tal vez ahora intuía que la marea estaba subiendo demasiado para una embarcación que de improviso se había empequeñecido. En una esquina de la Plaza Simón Bolívar, de pie –como gente de a pie que son– conversaron un largo rato con Roberto. Este último discrepaba absolutamente del Acuerdo por La Paz y del proceso que se iniciaba acorde al itinerario diseñado por la clase política. Mario seguía en la carabela dispuesto a participar en el proceso constituyente. Es un paso nada más, pero es un logro de todo el movimiento social argumenta. Para Roberto, en cambio, era retroceder a tiempos políticos prehistóricos. Yo no represento a nadie ni hablo por nadie, verbalizaba, pero cuando esa madrugada apareció la clase política en pleno firmando un Acuerdo por la Paz se me revolvió el estómago. ¿Cómo es posible que los partidos, los políticos, repudiados y deslegitimados por el pueblo, rechazados en todas las movilizaciones por millones de personas lleguen a un Acuerdo a espaldas nuestras? mientras continuaba la represión, repetía ¿Y los mutilados oculares? ¿Acuerdo por la Paz? Si jamás hubo guerra, esta la inventó el gobierno. Hablan de la violencia y exigen que se le condene, pero la policía actúa impunemente. El pueblo tiene el derecho a vivir en paz y eso incluye el derecho a la autodefensa. Roberto enérgicamente declara que todas las movilizaciones son pacíficas hasta que interviene Carabineros. La violencia siempre se origina de parte del Estado que luego las justifica. O, como dice el cartel escrito en apuradas letras moradas por una señora cualquiera: *Violencia es que llamen al paciente para recibir su primera quimio...2*

meses después de su muerte. Mario ha participado en variadas manifestaciones, Cabildos y caceroleos entre otras actividades. No le gusta la violencia, más que nada porque no sirve para eso, pero entiende perfectamente que hay que defenderse, reiterando que cree que no existe más alternativa que integrarse al proceso constituyente. Así lo hizo mucha gente, quizás la mayoría, entre ellos Vicente, el joven porteño a quien le arrancaron un ojo. Sí, dice, en la Revuelta Popular me sacaron un ojito pero eso no tiene que ver con el Apruebo. Por esos días Chile era revolución, Chile era *Fuera Piñera*, hoy sigue la misma lucha. El plebiscito del que discutimos ahora se ganó con sangre pero aunque los presos sigan presos, los heridos aumenten, nuestra familia entiende que no importa lo que votemos, los muertos no van a volver. Ahora tenemos la oportunidad de reformar el sistema de Chile, plantar la primera semilla de lo que todos queremos ¿Cómo no aprovechar esa oportunidad? Vicente es firme en indicar que su familia vota apruebo pero que considera ello sólo el primer paso para ganar la dignidad.

La idea del primer paso, como señalan Mario y Vicente, fue evidentemente lo que impulsó a parte significativa de la población a transitar por este derrotero, por el calendario trazado y, por supuesto a ganar de manera aplastante el plebiscito para redactar una nueva constitución y, además, que sea mediante una Convención Constitucional. Es un triunfo histórico grita entre cientos de otros cánticos una eufórica muchacha en la espontánea celebración en la Plaza Victoria la noche del triunfo en el plebiscito. Esto es gracias a nosotros, a los que estuvimos en la calle. A todos los que estamos aquí, se abrazaban y saltaban otros, la inmensa mayoría jóvenes. Adelante en un improvisado escenario el querido mimo Tuga alienta a la multitud a saltar *El que no salta es paco* y a cantar las canciones del último año. La alegría es total.

Otros aducen, como Javier y Taku ¿Cuántas veces escuchamos o vimos pintados en los muros del país: ¡*Con todo sino pa' qué!* ¿Es esto todo? Una ley extraña, el Plebiscito, la Convención Constitucional, todo impuesto por la clase política donde nada de lo que se discutió en los Cabildos o Asambleas Territoriales

o que se demandó en la calle se tomó en cuenta. Es lo mismo que el plebiscito de 1988 del Sí y el No donde la clase política negoció con Pinochet sin que el pueblo se enterara. Y la alegría nunca llegó...¡¡¡y pasaron 30 años!!!. Ojalá nos equivoquemos, pero esperamos que el *Chile despertó* no haya sido sólo una ilusión, dicen ambos, entre pensativos e indignados. Lo que no fue ilusión sino que fabulosamente real, inclusive surrealista por su dimensión, lo particular de la noche, el ruido ensordecedor y el fuego que se alzaba hacia el cielo oscurísimo, fue lo sucedido en la madrugada de Año nuevo. La noche cuando nadie vio los fuegos artificiales porque los ocultó Gandalf –el del Señor de los Anillos, el que hace y deshace– como una señal de que algo pasaría más tarde: una convocatoria a la resistencia ante la represión permanente de Carabineros. La hija de un poblador de Montedónico, de escasos 10 años, ya había dictaminado: “Esta noche no es para ver, es para escuchar”. Y nadie vio nada. Taku necesitaba escuchar, pero también ver, así que bajó del cerro obedeciendo la señal de Gandalf uno puede suponer. Llegó sin problemas a Condell con Subida Ecuador, pero había carabineros por todas partes, barricadas y lacrimógenas. De inmediato escuchó algo que parecían mil tambores siendo tocados sin parar. El sonido venía de la Plaza de la Resistencia y el aire que llegaba desde allá era irrespirable así que tuvo que cubrirse el rostro para seguir caminando guiado por el sonido de “los tambores”. Cuando arribó a la Plaza advirtió que estaba completamente tomada por la gente. Miles de personas manifestándose, una batea de basura volcada en la mitad de la calle funcionando como obstaculizador del tránsito y como tambor gigante. Gritos y cantos de mucha gente. Se sumó a la percusión colectiva del tambor inmediatamente, bajando la cabeza mientras lo hacía, evitando ser blanco de una bala o cualquier otro proyectil de carabineros. Así sucesivamente se iba agregando más y más gente.

Esa fue una dura noche en Valparaíso, y la subida Cumming, nuevamente, un foco de resistencia y, por cierto, de represión. Por eso mismo esa noche también ahí se habían levantado barricadas para defenderse de los embates policiales que comenzaron a disparar al cuerpo y a gasear toda la Plaza de la Resistencia y los alrededores. Luego de un largo rato Taku, decide retirarse, ya que el aire estaba

tóxico e irrespirable. Sube por Cumming en dirección hacia la ex Cárcel alejándose de la Plaza. Logra caminar dos cuadras desde la última barricada y se encuentra frente a frente con un zorrillo, él subiendo, el zorrillo bajando. Se dirigía a hacer una emboscada. Lo primero que pensó fue ¿Quién llegará primero, el hombre o la máquina? Y se respondió de inmediato: ¡La máquina! Así que en un segundo pudo imaginar al menos 3 formas de escape. Primero, seguir subiendo sin saber qué le esperaba más arriba. Segundo, saltar una reja de una casa para intentar escapar por alguna parte. Tercero, bajar y volver a la barricada usando la gravedad a su favor y aprovechando de dar aviso. Así lo hizo, bajó corriendo como nunca por esas escaleras ubicadas al costado de la calle. En un momento tropezó sin caer, pero se le cayó el gorro que traía puesto y que le había regalado su madre el día anterior. Al mirar hacia atrás para recogerlo ve que el carro lanzagases está aún tras suyo así que da por perdido el gorro. ¡Ya habrá otro! Siguió corriendo mientras gritaba que venían los pacos. A la misma hora, 3 cuadras más abajo de donde perdió el gorro le dispararon en el ojo a Matías Orellana dejándolo casi sin visión. Esa fue la noche en que la niña dijo que era para escuchar y no ver.

Las que sí se escucharon y atronaron con todos sus colores fueron las comparsas, batucadas, bailarines, murgas de todo tipo que marcaron con su presencia y belleza las marchas desde el inicio de estas. Jamás estuvieron ausentes. Nunca, al contrario, siempre adelante. A pesar de la represión era posible encontrar un trompetista, una saxofonista, un tambor, un bombo, un platillo. Alguien dando cara, poniendo el pecho a las balas. Literalmente. Ellos se escuchaban y se veían. También los inconfundibles gritos y cánticos, los nuevos y los antiguos. *El Pueblo Unido Jamás Será Vencido* parecía haberse quedado suspendido en el tiempo, tal vez aferrado a alguna palmera o al enorme gomero de la Avenida Brasil, justo al frente del supermercado Unimarc saqueado en el Estallido porteño del 19 de octubre. Ahí un abuelo, de barba entrecana, cuenta que cuando su nieto era chiquito lo llevó al pie del árbol y lo bautizaron como Salvador Allende, al árbol, por ser un gigante. Le contó a su nieto la historia de Allende y estaba feliz de ser el dueño de ese gomero. Dueño simbólico nada más, porque estamos en contra de la

propiedad privada, le dijo. Una tarde pasaron por ahí en trolley y su nieto se dio cuenta que habían podado al gomero. Se puso a llorar desconsoladamente. El abuelo no sabía que sucedía hasta que el niño le explicó que no entendía por qué el hombre dañaba a la naturaleza y, además a Salvador Allende que era un hombre bueno. No sabe qué exclamó esa noche pero sí que se le enmarañaron las palabras. Terminó de decir con cierta tristeza aquel hombre que ahora parecía más viejo y cansado, aunque escuchaba y veía, como los jóvenes que se movilizaban entonando Bella Ciao, aquella canción de otra época, orgullo de los partisanos antifascistas italianos, que ha sido revivida por la serie de televisión la Casa de Papel. Pocos lo sabían, tal vez ahora sí, pero la verdad es que tampoco importa mucho, pues es la identificación con los de abajo, con los que no tienen, los marginados, los invisibilizados. Lo nuevo y lo antiguo, enlazado por la memoria popular, como es el caso de Víctor Jara renaciendo poderosa su voz desde los rincones más distantes para cantar que tenemos el Derecho de Vivir en Paz. En el Puerto cuando el Toque era a las 8 de la noche, o a la hora que fuera, en un cerro una vecina se subió al techo de la casa y puso la hermosa canción de Víctor Jara, una vez el primer día; dos veces el segundo día y así sucesivamente. A todo volumen era. Por su lado todos los vecinos de Valparaíso se unían en un caceroleo celestial. También surgió el *"Toque que Queda"*, un espacio cultural donde se hicieron varios festivales en los cerros con arte, música, payasos e intervenciones de abogados, dirigentes sociales, de ollas comunes, o todo aquel o aquella que informara de la contingencia, sobre la constitución, el uso del agua, o diferentes temas. La cultura no es solamente arte, también es política, un modo distinto de hacer política, como lo hizo el *Cordón de los Siete Cerros*, una forma de organización que unía los Cerros Barón, Lecheros, Larraín, Recreo, Rodríguez, Polanco y Molino, movilizándose por las alturas. Nació del Estallido y del territorio. Y en Valparaíso la gente vive en los cerros, pero para marchar baja al Plan, y también estuvo en Viña para el Festival. Por luengas horas jóvenes de toda la región encararon a la policía sin darle respiro. En la esquina de la calle Valparaíso con la plaza Vergara un joven se encarama en un zorrillo que segundos antes había gaseado todo a su paso. Docenas lo siguen, gritando y apedreando al vehículo. Otro

grupo hace retroceder a los guanacos y a los pacos que disparan balines y lacrimógenas parapetados detrás de estos al costado de la plaza Sucre. A las seis de la tarde, entre el calor y la desesperación de verse sobrepasados, la policía dispara lacrimógenas a un grupo de personas a la entrada de la avenida Valparaíso. Una señora cae al suelo herida, desmayándose. Otros corren mientras los voluntarios y voluntarias de la *Brigada de Salud* tratan de asistirle. El gas lo dificulta todo; la señora sufre un ataque de pánico al no poder respirar. Finalmente logran levantarla y trasladarla a un lugar más seguro. Los enfrentamientos continúan en las inmediaciones de las plazas, de los puentes y de todas las calles cercanas a la Quinta Vergara. Ahora los carabineros embisten directamente contra los voluntarios de la Salud en el mismo lugar. Por el otro lado, en el extremo sur del puente Libertad, un grupo de manifestantes persiguen a docenas de policías y furgones que arrancan. La confusión y pavor de los pacos es total. Algunos miran hacia atrás, la mayoría sencillamente huye; los furgones tratan de avanzar, los jóvenes les lanzan andanadas de piedras y gritan. Los carabineros llegan en tropel a la avenida 1 Norte, la calle principal que une Viña con las ciudades del Interior, corriendo tras los furgones que enfilan en dirección al mar intentando subirse a ellos. Uno saca su revólver, pero no alcanza a disparar. La mayoría de los transeúntes observan incrédulos lo que sucede, aunque algunos se unen a los manifestantes y nadie sabe de dónde extraen piedras y las lanzan a los carabineros también. Carabineros desaparece. La alegría es total. La batalla del puente Libertad es épica, tanto así que mientras muchos cruzan de vuelta el estero, otros se quedan bloqueando las calles del sector norte de la ciudad. Los enfrentamientos duraron hasta la noche. Sí, ese día tanto dentro como fuera del Festival la gente demostró su repudio al gobierno, las calles estaban abarrotadas de casquillos de lacrimógenas y la policía totalmente sobrepasada. De ahí en adelante cambiaron parcialmente sus tácticas operando en piquetes más reducidos y deteniendo a personas en particular y abruptamente aplicándoles gas pimienta. A pesar de ello se realizó una marcha familiar y carnavalesca en el Puerto en pleno verano con la participación de la *Primera Línea* de Santiago y con la estatua del negro matapacos que viajó clandestinamente desde Santiago para no ser detectado por los controles

dispuestos por las autoridades. Partió desde Plaza Sotomayor como siempre, llegó hasta la Plaza Victoria para retornar por Errazuriz hacia Sotomayor. Ese recorrido nunca se hacía. Pasó el metrotren en dirección a la Estación Puerto y el conductor hizo sonar fuerte su bocina arrancando los aplausos de los manifestantes. Entre estos se hallaba Fabián quien apuró su regreso desde España donde cursaba un magister para ser partícipe de este momento histórico de la vida política de Chile. A reglón seguido desvarió sobre sujetos sociales, historicidad, estructuras. Javier – el profesor que aún guarda en su casa un balín de goma de la PDI– no lo oía, sólo escuchó la sirena del tren que, de vuelta de la Estación y rumbo a Limache saludaba a los marchantes quienes felices le retribuían el saludo. Fabián desapareció de un segundo a otro cuando un grupo pequeño de gente comenzó a apedrear el monumento a los Héroes de Iquique y a los marinos que lo cuidaban, un hombre y una mujer. Asustados, estos no atinaron más que a desplazarse un poco y tratar de cubrirse. A la postre fueron protegidos por *La Primera Línea*. Paradójico, pero mientras los marinos golpean y dañan al pueblo, este aun así es capaz de solidarizar con ellos en momentos difíciles para estos últimos. Javier miraba lo que sucedía, pensando en lo extraño de la situación cuando a un costado pasó el conocido payaso que había encabezado toda la marcha familiar exclamando: ¡Hasta aquí no más llego yo! Y se fue rápidamente, perdiéndose entre la multitud. Llegó el guanaco, se fueron los *Primera Línea*, los marinos quedaron temblando, la gente se dispersó. Fabián nunca más apareció. El matapacos quién sabe porque calle del puerto se esfumó, pero al matapacos porteño, ese quiltro flaco que persigue el chorro del guanaco, se le divisó en más de una marcha después, especialmente porque estas fueron disminuyendo cada vez más en número a medida que pasaba el tiempo y se dejaba sentir el peso del Acuerdo impuesto por la clase política.

Hasta que llegó la marcha feminista con un millón de colores y tanta gente que tardó horas en partir desde la Plaza Sotomayor. Cansadas de esperar bajo el sol que taladraba la cabeza, muchas optaron por irse por calles adyacentes junto al mar para incorporarse a la marcha diez cuadras más adelante. Era tanto el calor en la plaza de la Resistencia que Andrea compró tres helados artesanales, pero

desdichadamente no había de agua, únicamente de leche, de esos que no quitan la sed. Sed y calor deben haber sentido el pequeño grupo de mujeres, familiares de ejecutados y desaparecidos durante la dictadura quienes, de pie y a pleno sol, sostenían en sus manos bellos carteles que entrelazaban las luchas del pasado y el presente. A pesar del incesante calor Andrea cantó, bailó, saltó y gritó todo el camino hasta el congreso. La última vez que había bailado y cantado con amigos y amigas fue en un conocido Bar-Peña típico porteño. Un sobreviviente de tiempos antiguos, de la remota bohemia del puerto, un Bar-Peña donde otrora hubo curaos de verdad. Un lugar hermoso de compañeros donde todos conocen tu nombre. Ahí fue. Al Bar-Peña lo gasearon muchas veces, refugió y protegió a cientos de personas. No es cualquier Bar, cruje de viejo pero no se queja. Sufre de penas del amor pero no llora; los músicos lo quieren porque los tratan bien. Un Bar-Peña de compañeros y compañeras solidarias que no hacían preguntas para resguardar al perseguido que se rebeló en Valparaíso. Esas compañeras también marchaban ahora contra el macho violador y el Estado opresor, contra todo un sistema de violencia contra ellas que gritaron con fuerza al pasar cerca de la segunda comisaría, deteniéndose allí por un largo rato. Aquella violencia es un virus que hay que extirpar, como el corona virus que nos cayó encima como un manto espeso que cubrió el país cuan masa gelatinosa de la cual todavía no podemos deshacernos. No contribuye la ineficiencia y arrogancia del gobierno. Otra forma más de violencia que deja morir a los que menos tienen, exponiendo las abisales diferencias entre los sistemas de salud privados y públicos. Esta Pandemia, siendo real, sin duda que se convirtió en una fortuita ayuda política para el gobierno. Volvieron las Fuerzas Armadas a la calle y el Toque de Queda, prohibiéndose las manifestaciones. Control social y político total sobre la población. Nadie puede cuestionar que es necesario adoptar medidas para enfrentar una situación compleja, empero las mentiras, las políticas erráticas de las autoridades de Salud, y el ocultamiento de información han resultado en la muerte de 20 mil chilenos y chilenas. En los cerros de Valparaíso, bajo la consigna *Sólo el Pueblo ayuda al Pueblo*, han emergido cientos de Ollas Comunes, Comedores Solidarios, Panaderías Populares, un sinfín de iniciativas de sobrevivencia, además de esfuerzos por mantener las Asambleas Territoriales de

modo preeminentemente virtual, aunque también actividades de diversa índole para adultos mayores y niños. Cuando ha sido posible algunos Encuentros se han realizado de manera presencial. Es otra *Línea* para defenderse de la violencia de dos virus: el Covid 19 y la ineptitud del gobierno para el cual la Pandemia constituyó un verdadero salvavidas en medio de tanta muerte, como lo fue también el Acuerdo por la Paz, dijo Roberto a Mario en aquella extensa conversación en la esquina de la Plaza Simón Bolívar, porque nació de la clase política, de los que pactaron la transición e hicieron otro plebiscito hace 32 años, justamente en octubre, que mantuvo la constitución de Pinochet, y todo el modelo. Mario, entiende pero no vislumbra otra posibilidad, preguntando ¿Cuál? ¿Seguir en la calle para siempre?

Nadie puede saber que pasará en 2021 con el modelo neoliberal contra el cual se alzaron Chile y Valparaíso. Quién redactará o cuál será el contenido de la nueva constitución, pero sí conocemos que un año después, en octubre, en el lugar donde todo empezó en Valparaíso, en un muro muy blanco se conserva aún un rayado pintado con grandes letras negras que dice: **SEGUIMOS EN PIE**. Y la pregunta es ¿Qué será de las abuelitas de la Plaza Victoria? ¿Habrán votado Apruebo en el plebiscito? ¿Habrán votado por la Convención Constitucional? Por sus sonrisas cómplices de aquel 19 de octubre de 2019 cuando comenzó la Rebelión de Valparaíso, es posible que sí. O, quizás, la noche en que se firmó el Acuerdo por la Paz exclamaron:¡¡¡No!!! Miraron los frasquitos del perfume más caro del universo y derramaron una lágrima. Nunca sabremos qué será de las abuelitas de la Plaza Victoria.

Fotografías de la rebelión porteña















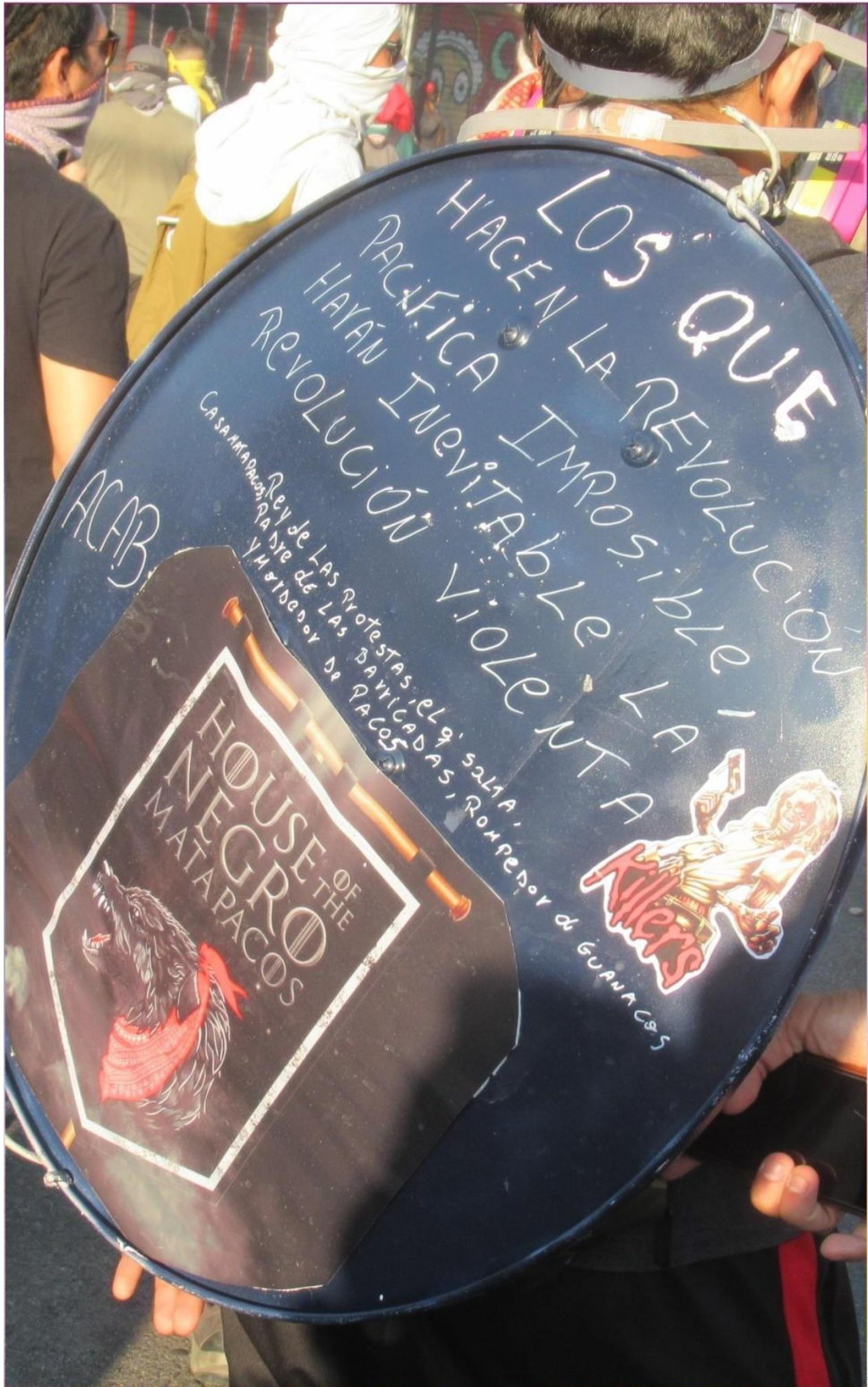












LOS QUE HACEN LA REVOLUCION
PACIFICA IMPOSIBLE LA REVOLUCION
HAYAN INEVITABLE LA REVOLUCION
VIOLENTA

ACAB

REY DE LAS PROTESTAS EL 9/5/11 A
SALA ROMERO DE GUANACAS

CASAMARCA RA 15/11/11
Y 18/11/11 DE PACOS

Killers

HOUSE OF THE
NEGRO
MATA PACOS

















SEGUIMOS
EN PIE

testimonios entre
líneas

EN **rebelión**
valparaíso

